

Por amor a Lou
Mario Diament

CELCIT. Dramática Latinoamericana 501

Por amor a Lou

Una obra en dos actos

Mario Diament (Argentina)

PERSONAJES

LOU SALOMÉ
SARAH
HENDRICK GUILLOT
PAUL RÉE
FRIEDRICH NIETZSCHE
CARL FRIEDRICH ANDREAS
RAINER MARÍA RILKE
OTTO BRAHM
SIGMUND FREUD
VICTOR TAUSK

Primer acto

Göttingen, 1936. El estudio de Lou.

La luz entra a través de una ventana abierta e ilumina la figura de LOU, una anciana de 75 años, trabajando en su escritorio. SARAH, una muchacha de 25 años, está sentada en el suelo, rodeada de papeles que clasifica y guarda en unas cajas. Desde afuera llega el sonido de una marcha, acompañada por una banda militar.

LOU

¿Querrías cerrar esa ventana, Sarah? Esa música es insoportable.

SARAH se pone de pie y va hacia la ventana. Se asoma.

SARAH

Es otro de esos desfiles de la Juventud Hitlerista.

LOU

Los nazis no hacen otra cosa que marchar. Toda su inteligencia está puesta en los pies.

SARAH cierra la ventana. Vuelve a sentarse entre las cajas.

SARAH

Es la tercera vez que pasan por aquí esta semana.

LOU

Deben estar tratando de intimidarme. (*Suspira.*) El mundo está llegando a su fin, querida Sarah. Y me temo que yo también. No es un mal momento para irse.

SARAH

¡No diga eso, frau Lou! Aún le queda mucha vida por delante.

LOU

¿A esto llamas vida? ¿A vivir presa en esta casa de montaña? El cáncer ya me ha llevado un pecho y ahora la urea envenena mi organismo. La gente del pueblo piensa que soy una bruja y los nazis solo esperan que me muera para echar mis libros a la hoguera. ¿Qué sentido tiene seguir? Los bárbaros han triunfado.

Pausa.

SARAH (*Tímidamente.*)

Estuve leyendo algunas cartas que el profesor Nietzsche le escribió...

LOU (*Fingiendo enojo.*)

Tu trabajo es clasificar las cartas, Sarah, no leerlas.

SARAH

¿Cómo podría clasificarlas sin leerlas?

LOU

Por la fecha y la firma. ¡Y mejor que te apures! A ese ritmo, voy a necesitar otra vida para ver tu trabajo terminado.

SARAH

Si va un poco lento es porque lo estoy haciendo muy a conciencia. Las cartas del profesor Nietzsche en esta caja, las del doctor Rée, en ésta; las del señor Rilke van en aquella, junto con los poemas y los escritos; las del doctor Freud en esta otra. Incluso separé una caja para la correspondencia menos frecuente.

LOU

Sí, sí, pero no dejés que el exceso de conciencia te haga olvidar el propósito. *(Pausa.)* Sé buena, alcanzame una taza de té.

SARAH va hacia una pequeña mesa donde se encuentra un samovar y llena una taza de té. Se la acerca.

SARAH

Ese samovar es muy bello, frau Lou. No me canso de admirarlo.

LOU

Viene de la casa de mis padres, en San Petersburgo. Teníamos una mansión espléndida, frente al Palacio de Invierno. Me pregunto quién vivirá hoy en esa casa. Seguramente algún alto funcionario del Partido Comunista. *(Bebe el té.)*

SARAH

¿Es verdad que le propuso matrimonio?

LOU

¿Quién?

SARAH

El señor Nietzsche.

LOU

Sí. ¿Te asombra?

SARAH

La gente dice que era un gran filósofo, pero que como persona era un poco raro.

LOU

Bueno, el pobre terminó rematadamente loco, hablándoles a los caballos. Pero cuando yo lo conocí era, simplemente, un genio. En un momento hasta consideramos irnos a vivir juntos los tres, Nietzsche, Paul Rée y yo. Pero Nietzsche tenía otras expectativas respecto de mí y terminó alejándose. Además, yo tenía menos de veinte años. ¡Era más joven que vos!, ¿te das cuenta? La vida me parecía una aventura a punto de comenzar.

SARAH

¡Y el doctor Freud! Todavía tengo un cartapacio lleno con su correspondencia por clasificar. (*Pausa.*) Confieso que no siempre entiendo lo que dice. Parece muy obsesionado con el sexo.

LOU

Era su especialidad.

SARAH

Sí, es lo que parece. (*Pausa.*) Debe haber sido maravilloso vivir en esos años, frau Lou...

LOU

Fue maravilloso, sí.

SARAH

Toda esa gente famosa...

LOU

El mundo entero estaba en erupción, querida Sarah. El espíritu de la revolución lo impregnaba todo. El arte, la ciencia, la filosofía, la política, la moral. Todo era revisado, debatido, cuestionado. Fue un verdadero privilegio haber vivido en ese tiempo, porque me temo que ese mundo nunca volverá.

SARAH

Tantos hombres la amaron...

LOU

Me amaron, sí. Y yo amé a muchos también.

SARAH

Tal parece que no hubo un solo hombre en Europa que no se echara a sus pies.

LOU

¿Estás tratando de adularme para tirarme de la lengua?

SARAH

No hace falta. He visto las cartas. Algunas son tan ardientes que queman las manos. (*Elige una carta y la lee*) “Pienso en vos cada momento del día y mis pensamientos van allí donde vayas.” (*Toma otra.*) “Cada aliento del viento que sentís en tu frente te besa con mis labios y cada sueño te habla con mi voz”. (*Suspira.*) ¡Ah! ¿Qué tendrá que hacer una para despertar esa pasión?

LOU

Vivir, querida Sarah. Simplemente, vivir.

SARAH

Usted siempre hizo lo que quiso, ¿verdad, frau Lou?

LOU

Siempre.

SARAH

¿Y no le daba miedo?

LOU

¿Miedo?

SARAH

Toda esa libertad.

LOU

La libertad era demasiado importante para mí como para andar asustándome. Yo me lo permití todo, porque nunca necesité nada. Eso hizo que mucha gente se confundiera e imaginara que llevaba una vida disipada. Sin duda, también alimentaba la fantasía de muchos hombres. Pero voy a hacerte una confesión: siempre me sedujo más la inteligencia en un hombre que sus atributos físicos. Tal vez por eso fui virgen hasta los treinta.

SARAH (*Sorprendida.*)

¿De veras lo fue?

LOU

Absolutamente.

SARAH

Nadie lo creería leyendo esas cartas.

LOU

Desde muy joven comprendí que, para una mujer, el sexo es una forma de sometimiento, en especial si una se enamora de sus maestros. Por eso, los amantes que tuve fueron siempre más jóvenes que yo. Nunca me preocupé de serle fiel a nadie, excepto a mí misma.

SARAH

¿Ni siquiera a su marido?

LOU

En especial, no a él.

SARAH

¿Y él no se lo reprochaba?

LOU

La fidelidad nunca fue un condicionante en nuestro matrimonio. Andreas y yo no teníamos relaciones.

SARAH

¿No tenían? ¿Por qué?

LOU

Esa fue la condición.

SARAH (*Atónita.*)

¿Y él aceptó esa condición?

LOU

No le gustaba, pero la aceptó. Tanto es así que vivimos juntos cuarenta y tres años. Fuimos amigos y compinches, viajamos mucho, conversamos hasta el cansancio, compartimos experiencias maravillosas... ¿Cuántos matrimonios podrían decir lo mismo? (*Pausa.*) No es una mala fórmula, Sarah. Deberías considerarlo.

SARAH

¡Ay, frau Lou, yo sería incapaz de vivir así! Voy a casarme con Peter y pienso dormir con él desde la primera noche.

LOU

¿De veras?

SARAH

¡No podría imaginarme haciendo otra cosa! Peter y yo nos amamos.

LOU

¿Y eso qué tiene que ver?

SARAH

Tenemos planes, queremos una familia.

LOU

Ya veo.

Pausa.

SARAH

¿Nunca se enamoró hasta perder la cabeza?

LOU

¡Claro que me enamoré! Muchas veces. El primer hombre del que me enamoré

era un dios y se confundía con Dios. Se llamaba Hendrik Guillot. Era el pastor de la Iglesia Luterana de San Petersburgo, a la que concurríamos. El día en que lo vi por primera vez, creí desmayarme. Tenía unos ojos claros de una mirada tan intensa, que te desnudaba. Nunca volví a amar a un hombre como lo amé a él. Con él estudié filosofía, literatura, teología. Leímos a Kant, a Kierkegaard a Voltaire, a Schopenhauer. Era un instructor maravilloso y mi mente absorbía conocimientos como una esponja. Y sin embargo...

SARAH

¿Y sin embargo...?

LOU

Huí despavorida el día en que quiso besarme.

SARAH (*Incrédula*)

¿Huyó?

LOU: Bueno, él era veinticinco años mayor que yo. Tenía mujer e hijos. Quería abandonarlo todo para casarse conmigo. Hasta habló con mis padres. El nunca entendió mi fuga, pero para mí fue una salvación. Mi salud era muy precaria en esos años, así es que convencí a mi madre de que nos fuéramos a Roma. Fuimos a vivir a casa de Malwida von Meysenbug. Una mujer extraordinaria. Conocía a todo el mundo. A los políticos, a los escritores, a los revolucionarios. Podía haber vivido como la aristócrata que era, pero sacrificó todos los privilegios de su condición para vivir de acuerdo a sus convicciones.

CARTA (*De Lou Salomé a Hendrik Guillot*)

“San Petersburgo, 3 de abril de 1878

Distinguido pastor Guillot:

Ayer tuve oportunidad de escucharlo por primera vez desde el púlpito de nuestra pequeña iglesia y tengo que confesar que ha causado usted en mí una impresión muy profunda. Soy la hija menor del general von Salomé y estaba sentada, con mi familia, en la tercera fila, a la derecha. Estoy segura que debe haberme visto. Me urge verlo, aunque me apresuro a aclararle que mis motivos no son de orden religioso. Confío en que encontrará usted la oportunidad de recibirme.

Sinceramente, Louise Salomé.”

San Petersburgo, 1878.

La casa del pastor GUILLOT. LOU está sentada, esperando nerviosamente. Al cabo de unos instantes, GUILLOT aparece. Es un hombre de 43 años, alto, atractivo, con una larga melena rubia. Sin advertir a LOU, se dirige a su escritorio en busca de unos papeles.

LOU

¿Pastor Guillot?

GUILLOT (*Se vuelve sorprendido*)

¿Sí?

LOU

Soy Louise Salomé. Su esposa me dijo que lo esperase aquí.

GUILLOT

Sí, sí. Ahora recuerdo. La hija del general von Salomé, ¿verdad?

LOU

Sí.

GUILLOT

Ya, ya. Querías verme...

LOU

Sí.

GUILLOT

¿Qué te pasa?

LOU

Perdí a Dios.

GUILLOT

¿Lo perdiste? ¿Dónde?

LOU

En mi cama, la otra noche.

GUILLOT

Pues volvé y revisá bien. Estoy seguro que debe seguir ahí.

Vuelve a buscar sus papeles.

LOU

Usted no me toma en serio.

GUILLOT

¿Debería?

LOU

¡Por supuesto!

GUILLOT se vuelve. Se apoya en el escritorio, de frente a LOU, dispuesto a escuchar.

GUILLOT

¿Y cómo fue que lo perdiste?

LOU

Razonando.

GUILLOT

¡Ah! Razonando.

LOU

Mire. El otro día, en su sermón, el pastor Dalton tuvo una de sus habituales tiradas acerca del diablo. Y después habló de Dios y de su omnipresencia y dijo que no había un solo lugar en el Cielo o en la Tierra donde Dios no estuviera presente. A lo cual yo me puse de pie y respondí: "Sí lo hay. ¡El infierno!" El pastor Dalton se puso rojo y me mandó de vuelta a casa. Y esa noche, en mi cama, razoné que si Dios había creado todo en el universo, también debía haber creado al diablo. Y si el diablo se le había escapado de las manos y andaba haciendo de las suyas y Dios no podía evitarlo, era porque Dios no era omnipotente. ¿Y de qué sirve un Dios que no sea omnipotente? Así es que llegué a la conclusión que ni Dios ni el diablo existían verdaderamente, que todo era un cuento de niños y que el mundo estaba mucho mejor sin ellos.

Pausa.

GUILLOT (*La observa.*)

¿Qué edad tenés?

LOU

Diez y siete.

GUILLOT

¿Y qué es lo que de verdad buscás aquí?

LOU

Quiero aprender todo lo que pueda enseñarme.

GUILLOT

¿Por qué yo? Está visto que en tu presente estado estarías mejor con ateo o un agnóstico.

LOU

Porque lo que descubrí, al verlo en el púlpito, es que la cualidad de lo maravilloso, que antes me acercaba a Dios, también podía darse en una persona real.

GUILLOT

¿La cualidad de Dios?

LOU: Sí.

GUILLOT

¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo? Eso bordea la blasfemia.

LOU

Pastor Guillot: si me permite la franqueza, no creo que de verdad lo perturbe lo que estoy diciendo.

GUILLOT

¿Cómo lo sabés?

LOU

Puedo leer a la gente.

GUILLOT

¿De verdad? ¿Y qué lees en mí?

LOU

Que usted vive en la religión como quien usa un traje prestado.

GUILLOT

Eso es una irreverencia aún mayor. No sé por qué sigo escuchándote.

LOU

Porque ya decidió que va a ser mi tutor.

Pausa.

GUILLOT

¿Sabes tus padres que venías a verme?

LOU

No.

GUILLOT

¿Se lo vas a decir?

LOU

No lo sé.

GUILLOT

Lo que me propongo enseñarte puede no gustarles.

LOU

No me importa.

GUILLOT

¿No te importa?

LOU

No. Basta con que me guste a mí.

GUILLOT

¿No te parece que esa actitud es un tanto presuntuosa?

LOU

Me propongo ser una mujer libre e independiente, pastor Guillot.

GUILLOT

¿En serio? ¿Aquí, en San Petersburgo?

LOU

El mundo es mucho más ancho que San Petersburgo y el mío no tiene límites.

CARTA: *(De Gottfried Kinkel a Malwida von Meysenbug)*

“Zurich, 17 de enero de 1882

Querida Malwida:

Espero que esta carta te encuentre bien de salud. Hace tiempo que vengo pensando en escribirte y al fin encontré la excusa perfecta. La portadora de esta carta es una joven amiga recién llegada de San Petersburgo, que responde al exótico nombre de Lou Salomé. No es un *nom de plume*, te lo aseguro. Ese es su nombre verdadero. Pero no temas. No va a quitarse los velos en alguna de tus fiestas ni pedir en bandeja la cabeza de nadie. Pese a su juventud, escribe maravillosos poemas y revela una asombrosa inteligencia que, sumada a su belleza, estoy seguro impresionará gratamente a quienes la conozcan.

Descarto que harás por ella tanto como te sea posible.

Sinceramente tuyo,

Gottfried Kinkel”

Roma, 1882

Una reunión en la villa de MALWIDA VON MEYSENBURG. Los invitados se perciben como sombras detrás de una pantalla. LOU está sola, bebiendo una copa de champán. PAUL REE entra agitado. Es un hombre de 33 años, de pelo enrulado y rostro infantil. Viste un traje de etiqueta visiblemente gastado.

REE

¿Dónde está Malwida?

LOU

Debe andar por ahí, en la sala, ocupándose de los invitados.

REE

¿Y quién es usted?

LOU

Lou Salomé.

REE (*Con sorpresa.*)

¿Salomé?

LOU

Sí.

REE

¿Es un seudónimo?

LOU

No, es mi nombre.

REE

Nunca conocí a nadie que se llamase así. Fuera de la otra, claro...

LOU

Pues hoy está de suerte.

REE (*Le entrega una tarjeta.*)

Paul Rée.

LOU (*Leyendo la tarjeta.*)

¿Rée? ¿Una consonante y dos vocales y las dos vocales son iguales? ¿Qué clase de nombre ese ése?

REE

Podría tratar de explicárselo, pero en este preciso momento tengo una urgencia muy particular. Hay un coche esperando ahí abajo y el cochero tiene la extraña pretensión de que le pague.

LOU

¿Y por qué no lo hace?

REE

Ese es precisamente el asunto. Hay un pequeño problema...

LOU
No tiene dinero.

REE
Lo he perdido todo.

LOU
¿Dónde lo ha perdido?

REE
Montecarlo.

LOU
¿Ruleta?

REE
Baccarat.

LOU
¿Y se ha venido en coche desde Montecarlo?

REE
Bueno, no exactamente. Vine en tren hasta la Stazioni Termini gracias al préstamo de uno de los camareros del casino, quien, obviamente, también espera que se lo devuelva. El coche lo tomé en la estación.

LOU saca algo de dinero de su cartera.

LOU
Tome, aquí tiene. Esto, por lo menos, alcanzará para el cochero. El camarero tendrá que esperar.

REE (*Toma el dinero.*)

Lou Salomé, pese a los infaustos ecos de su apellido, reconozco en usted a un alma comprensiva y generosa. Apenas termine de saldar esta ominosa deuda, regresaré a echarme a sus pies.

Hace una reverencia y sale velozmente.

CARTA (*De Paul Rée a Friedrich Nietzsche.*) :

“Roma, 4 de marzo de 1882

Querido amigo Nietzsche:

Desde mi llegada a Roma, mi sempiterna melancolía se ha evaporado gracias a la presencia de una extraordinaria criatura, una joven rusa que responde al inesperado nombre de Lou Salomé. Tiene una mente aguda como una daga

y, al mismo tiempo, la fragilidad de una adolescente. Desde que nos conocimos en casa de Malwida nos hemos vuelto inseparables. Le he hablado mucho de vos y tiene una gran impaciencia por conocerte. ¿No podrías apurar tu llegada a Roma? El tiempo está magnífico aquí y estoy seguro que será muy beneficioso para tu salud.

Con todo afecto, Paul Rée.”

Roma, 1882

La iglesia de San Pietro in Vincoli. PAUL y LOU se han detenido ante el Moisés de Miguel Angel.

REE (*Señalando la escultura.*)

Ahí lo tenés. Si uno se descuida, puede pasar por delante sin verlo.

LOU

¡Qué imponencia! Creo que voy a desmayarme de emoción.

REE

Maravilloso, ¿verdad?

LOU

¿Por qué tiene cuernos?

REE

Bueno, eso es muy interesante, querida Lou. No hay una única explicación definitiva y sí muchas teorías. La más común refiere a una versión latina de la Biblia, donde se dice que cuando Moisés bajó del Monte Sinaí, su rostro portaba cuernos. La traducción confundió la palabra hebrea *karán*, que puede significar cuerno, pero que en este caso se usa como verbo y significa *irradiar*. Así es que, como ves, un error de traducción puede modificar no solo la concepción de una obra de arte, sino también su interpretación.

LOU

Porque siendo Moisés la figura más importante del judaísmo, dotado de cuernos, puede verse como la encarnación del diablo.

REE

Exacto. ¿Fue esa la intención de Miguel Angel? Poco importa. Lo que importa es la percepción que la gente tiene de ello. Ahora pensá: ¿cuántos de estos errores infectan nuestra cultura? ¿Cuántos prejuicios y anatemas son consecuencia de una mala traducción o de una interpretación tendenciosa? ¿Comprendés ahora mi desolación?

LOU

Tu desolación, Paul, no es filosófica sino espiritual.

REE

¿Eso creés? ¿Te parezco un ser tan superficial que es capaz de acomodar su filosofía a sus estados de ánimo?

LOU

No te lamentés. La desesperación es parte de tu encanto.

REE

Eso me hiere aún más, aunque me consuela descubrir que algo en mí te resulta encantador. A mí, en cambio, todo lo tuyo me fascina. Siento una necesidad casi patológica de estar cerca tuyo. Cada vez que te miro partir, aunque más no sea por un instante, me embarga la angustia de una despedida final.

LOU

Malwida dice que la providencia nos ha reunido.

REE

Malwida se equivoca. La providencia no existe. Nada sucede en el universo sin una causa.

LOU

¿Y cuál es la causa en nuestro caso?

REE

La necesidad.

LOU

¿La necesidad como determinismo histórico?

REE

La necesidad como reparación. ¿No te das cuenta? Deberíamos irnos a vivir juntos, Lou.

LOU

Es lo único que me falta. Mi madre ya está tan aterrada con mi comportamiento que quiere llevarme de regreso a San Petersburgo.

REE

¿Llevarte? ¡No puedo permitirlo! Si te llevan voy a suicidarme.

LOU

No seas trágico, Paul. No hay nada más aburrido que el suicidio. Pensá en alguna otra cosa.

REE

Tenemos que encontrar una solución.

LOU

La solución sería incluir a alguien más.

REE

¿Una chaperona?

LOU

Algo así.

REE

¿Malwida?

LOU

¡No, por Dios! Sería insoportable.

REE

¿Quién entonces?

LOU

Tiene que ser alguien muy eminente, alguien que imponga respeto.

REE

Lo lamento. Todos mis amigos son impresentables.

LOU

Tu amigo Nietzsche tal vez...

REE

¿Fritz?

LOU

¿No sería perfecto?

REE

Ni lo conocés.

LOU

¿Te parece que aceptaría?

REE

Estoy seguro que le va a encantar.

LOU

Contame cómo es.

REE

Bueno, puede parecer un poco solemne a veces, pero es intenso y apasionado.

Sufre de violentas migrañas que lo obligan a consumir generosas cantidades de opio. Pero cuando el dolor amaina, es un ser lleno de entusiasmo, humor y curiosidad.

LOU

Es perfecto.

REE

¿Te parece?

LOU

¡Claro! ¿Dónde está?

REE

Debe andar por Génova o algún lugar de la costa mediterránea. Su última carta estaba fechada ahí.

LOU

¡Escribible!

REE

¿Qué le propongo?

LOU

Una santa trinidad.

CARTA (*De Friedrich Nietzsche a Paul Rée*)

“Génova, 21 de marzo de 1882

Mi querido amigo:

¡Qué placer me da recibir tus cartas! Aprecio tu invitación. Roma parece ser un destino deseable, especialmente ahora que mi editor ha tenido la buena disposición de enviarme un adelanto. En cuando a esa joven rusa que mencionás, envíale mis saludos. Si es tan extraordinaria como decís, tendría que proponerle matrimonio, ¿no? Antes de que lo haga otro. Hace rato que ando buscando alguien que me ayude con mi trabajo. No tendría que ser un matrimonio muy extenso. Dos años a lo sumo, teniendo en cuenta las cosas que me quedan por hacer. Podés ir adelantádoselo, si te parece. Y no dejés de transmitirle mis afectos a nuestra querida Malwida.

Tu amigo fiel,
Fritz Nietzsche.”

Roma, 1882.

*La Catedral de San Pedro. PAUL está escribiendo. LOU explora el lugar.
NIETZSCHE aparece de detrás de una columna. Se acerca a LOU.*

NIETZSCHE

¿De qué estrella hemos caído para venir a encontrarnos aquí?

LOU

Yo vengo de Zurich. No sé usted...

NIETZSCHE

Yo, de Messina, de donde partían los barcos hacia la batalla de Lepanto.

LOU

Una travesía heroica.

NIETZSCHE

Sin duda, pero me temo que no ha sido éste mi caso.

LOU

¿Nada memorable en la suya?

NIETZSCHE

Algunas tormentas y un mar embravecido.

LOU

¡Qué lástima!

NIETZSCHE

También la peste negra llegó a Europa a través de Messina. ¿Lo sabía?

LOU

No, no lo sabía.

NIETZSCHE

Eso está más a tono con lo que traigo.

LOU

¿La peste negra?

NIETZSCHE

La devastación.

LOU

¡Qué presunción!

REE

Querida Lou, te presento a mi amigo Friedrich Nietzsche.

NIETZSCHE (*Le hace una reverencia.*)

Enchanté, mademoiselle.

LOU

Pareillement, cher professeur.

NIETZSCHE

Malwida me dio precisas instrucciones de donde encontrarlos.

REE

¡La soplona!

NIETZSCHE

Por lo visto, nuestro amigo Rée encuentra que su ateísmo se expresa mejor en las catedrales.

REE

Hay que atrapar al zorro en su morada.

LOU

Paul no tiene palabras para expresar la admiración que siente por usted.

NIETZSCHE

¿No las tiene o nos las encuentra?

REE

¡Gwap! ¡Ñum! ¡Uomp!

NIETZSCHE

En cambio yo, mi bella damisela, he escuchado los más extraordinarios panegíricos aplicados a describir sus cualidades.

LOU

¿Lo dice en serio?

NIETZSCHE

Se lo aseguro.

LOU

Pues es probable que sea cierto.

NIETZSCHE

¡Qué tentación! ¿Y cuál es su secreto?

LOU

¿Secreto?

NIETZSCHE

Debe tener alguno.

LOU

Una muy simple condición: yo soy yo y nadie más.

NIETZSCHE

Toda una definición metafísica.

LOU

Los espíritus encerrados en esta catedral no me dejarían mentir.

REE: No hay espíritus en San Pedro, querida Lou. Solo bienes materiales. El oro y las joyas refulgen aquí como en los cofres de los piratas.

NIETZSCHE

Dado que Dios ha muerto, ¿qué otra cosa queda por endiosar sino el dinero?

LOU

¿Dios ha muerto?

REE

¿No lo sabías?

LOU

Nadie me avisó.

REE

Nuestro amigo Nietzsche asistió a su funeral.

LOU

¿En serio? ¿Y de que murió?

NIETZSCHE

Fue un asesinato colectivo.

LOU

¿Una conspiración?

NIETZSCHE

Un deicidio a escala universal.

LOU

¡Qué horror! No hay consuelo posible entonces.

REE

Es el fin del orden divino.

NIETZSCHE

Ahora será preciso reinventar la moral.

LOU

¿Por dónde empezamos?

NIETZSCHE

Yo diría que por un almuerzo. Mi apetito se ha intensificado desde el momento en que que la vi.

REE

Una santa idea.

LOU

Podemos ir al Trastévere. Paul y yo descubrimos una maravillosa trattoria en una de nuestras caminatas.

NIETZSCHE (*Le ofrece el brazo.*)

¿Qué más puede complacer a una dama que dos hombres para atormentar?

LOU (*Toma del brazo a NIETZSCHE Y A REE.*)

Tres.

Se disponen a salir.

NIETZSCHE

Deberíamos consagrar este encuentro para la posteridad.

LOU

¿Cómo hacerlo?

NIETZSCHE

Una fotografía que nos eternice.

REE

Jules Bonnet tiene su estudio no lejos de aquí. Es un gran artista.

NIETZSCHE

Pues allá vamos.

Se trasladan al estudio fotográfico. NIETZSCHE organiza la escena. Encuentra un pequeño carrito que empuja al centro de la escena. Revuelve entre objetos hasta que encuentra un látigo, que entrega a LOU.

NIETZSCHE

Lou ahí arriba, blandiendo el látigo. Paul y yo seremos los bueyes de tiro.

REE

Toda una metáfora sobre la condición humana.

NIETZSCHE y REE se colocan a ambos lados de la barra de tiro, como en la famosa fotografía. Se dispara un fogonazo.

CARTA: *(De Friedrich Nietzsche a su hermana Elisabeth.)*

“Roma, 22 de abril de 1882

Querida hermana:

Espero que no te desmayés de sorpresa al recibir esta carta. Me siento lleno de entusiasmo y confianza, como un hombre al que le ha sido dado vislumbrar por fin la Tierra Prometida. Todo ello se lo debo a una persona que ha irrumpido en mi vida inesperadamente. Su nombre es Lou Salomé.

Es una mujer muy joven, pero tiene buena cabeza y una educación muy amplia.

Se ha hecho muy amiga de Paul y esto es, al mismo tiempo, una ventaja y un inconveniente. Porque si bien ha aprendido mucho de Paul, la continua presencia de él me ha impedido que me forme un juicio cabal sobre ella.

Es aquí donde necesito de tu ayuda. ¿Podrías invitarla a visitarnos en Tautenburgo? Esto me dará la oportunidad de pasar un tiempo a solas con ella y formarme una idea precisa de quién es. Estoy seguro de que te va a causar una muy buena impresión.

Tu viejo hermano,

Fritz.”

Lago d’Orta, 1882.

Un camino de piedras empinado conduce a la cumbre, donde se encuentra el Monte Sacro. NIETZSCHE y LOU, que están ascendiendo, se detienen.

NIETZSCHE *(Tiende una mano a LOU)*

Vení. *(La ayuda a subir.)* ¿Ves esa colina? Allí está el Monte Sacro. Allí es donde vamos. *(Se detiene para recobrar el aliento.)* Es una pena que tu madre y Paul no hayan querido subir, aunque, para ser sincero, no lo lamento demasiado. Hace tiempo que vengo buscando una oportunidad de estar a solas con vos.

LOU

¿Notaste la mirada de desconfianza que nos echó mi madre cuando nos fuimos?

NIETZSCHE

¿Y Paul? Se veía tan desolado como un perro al que le quitaron un hueso.

LOU

Paul es, a veces, muy posesivo.

NIETZSCHE

Especialmente cuando se trata de vos.

LOU

Es muy inseguro y tu insistencia en casarte conmigo no lo ayuda. Lo llena de ansiedad. (*Pausa.*) ¿Para qué querés casarte conmigo?

NIETZSCHE

Pensé que nos beneficiaría. Tranquilizaría a tu madre y a la mía y te protegería de los rumores.

LOU

Paul no lo ve de esa manera.

NIETZSCHE

¿No? ¿Y cómo lo ve?

LOU

El piensa que lo razonable sería que me casase con él.

NIETZSCHE

¿Paul te propuso matrimonio?

LOU

Un par de veces.

NIETZSCHE

¡El traidor!

LOU

¿Qué es esa súbito apetito que Paul y vos han desarrollado por la institución matrimonial? Paul no ha hecho más que despotricar contra el matrimonio toda su vida y vos lo considerarás una forma extendida de estupidez, y sin embargo, aquí están los dos, rivalizando por ver cuál me lleva primero al altar.

NIETZSCHE

No conozco las razones de Paul. En todo caso, me parece poca franqueza de su parte haberme ocultado sus intenciones. En cuanto a mí, es muy sencillo: nunca antes había encontrado una mujer como vos, Lou, que fuera mi par, mi espíritu gemelo.

LOU

Vos no buscás una esposa, Fritz. No te engañés. Vos buscás una secretaria a tiempo completo que te ordene los papeles y una discípula fiel y obediente. Yo

no soy esa persona. No veo ninguna razón para casarme. No solo me opongo a la idea general del matrimonio, sino que además perdería la pensión militar de mi padre, que es la que me da la libertad de hacer lo que me plazca. Olvidate del matrimonio. Es mejor imaginar lo divertido que va a ser que vayamos a vivir los tres juntos. (*Pausa.*) Prometeme que vas a aceptar.

NIETZSCHE se queda silencioso. LOU le busca la mirada.

LOU (*Cont.*)

¿Fritz?

NIETZSCHE (*Tras un instante de duda.*)

Muy bien. Lo acepto, lo acepto.

LOU: (*Lo abraza.*)

¡Gracias! Va a ser maravilloso, ya vas a ver.-Me imagino un amplio estudio lleno de libros y flores, flanqueado por dos dormitorios. Vos y Paul van a ocupar el más grande y yo el más pequeño. Podremos aprendernos mutuamente, escuchar música, recitar poemas.

Ascienden un poco más.

LOU

¿No estás cansado?

NIETZSCHE

Sí, un poco. (*Se detiene. Se sienta.*) Una vez que lleguemos a la cumbre estaré mejor. (*Le toma la mano.*) Lou, estos días que pasamos juntos fueron de los más felices de mi vida. Me estimularon al punto de que empecé a concebir en mi cabeza una nueva obra, la más ambiciosa tal vez, un trabajo a escala épica.

LOU

Contame de ella.

NIETZSCHE

Es acerca del profeta persa Zaratustra.

LOU

¿Y por qué te interesa?

NIETZSCHE

Porque probablemente fue el primero en desarrollar la idea de la historia humana como un proceso cíclico.

LOU

Explicame.

NIETZSCHE

Muchos piensan que la muerte es el final de todo, que lo que hemos vivido y padecido se termina con el último suspiro.

LOU

¿Y no es así?

NIETZSCHE

Sería una solución muy simple, ¿no creés? Una salida fácil para tanto dolor y miseria. Cerrar los ojos y desaparecer. Pero yo estoy persuadido, como Zaratustra, de que nada termina. Que todo es un eterno retorno. Que esta vida, como la vivimos y la hemos vivido, deberemos vivirla una y otra vez. Cada dolor y cada placer, cada pensamiento y cada suspiro, cada cosa pequeña y grande, retornará a nosotros en la misma secuencia.

LOU

Querés decir que no hay salida. El eterno retorno es el infierno.

NIETZSCHE

No necesariamente. Quizás vos y yo hemos vivido este momento antes. Quizás hemos estado aquí mismo, en este Monte Sacro y hemos tenido esta misma conversación.

LOU

¿No lo recordaríamos?

NIETZSCHE

En el retorno no hay memoria.

LOU

De modo que vivimos lo mismo sin saberlo.

NIETZSCHE

Y en consecuencia, no podemos cambiarlo. (*Pausa.*) Yo no querría cambiar nada de este día. Por eso, cuando lleguemos a la cumbre voy a besarte.

LOU (*Sorprendida, divertida*)

¿Vas a besarme?

NIETZSCHE

Sí. ¿Vas a impedírmelo?

LOU

No lo sé. Tendremos que esperar a llegar a la cumbre. ¿Por qué querés

besarme?

NIETZSCHE

Porque de esa manera, siempre habrá un momento en que el ciclo de mi vida y en la tuya, en que volveremos a ese beso. Vení, sigamos.

Continúan ascendiendo.

CARTA: *(De Friedrich Nietzsche a Lou Salomé.)*

“ Génova, 2 de noviembre de 1882

Querida Lou:

He decidido escribirte después de haber pasado por uno de los períodos más insufribles que recuerdo. No comprendo, querida Lou, tu súbita transformación de la mujer que conocí y aprendí a amar en nuestro paseo por el Lago de Orta. Esta Lou que sos hoy solo tiene de aquella la semejanza física. La inexplicable indiferencia que siguió al tierno beso que me diste en el Monte Sacro me llena de desolación y de confusión. O no sé ya quién sos o has caído bajo la insidiosa influencia de Paul, cuyos manejos desleales han sido también para mí una desgarradora sorpresa. Pero aún cuando mi ingenuidad turbara mi entendimiento, nada justifica la mezquina duplicidad de tu comportamiento. ¡Cuánta crueldad se necesita para turbar mi colosal soledad con falsas promesas!
Fritz.”

Berlín, 1883.

LOU y REE en la sala del departamento que comparten. REE termina de leer la carta de Nietzsche.

REE

¡Es indignante!

LOU

¡Infame!

REE

Llamarme desleal después de lo que hice por él.

LOU

¿Y lo que dice de mí? ¡Mezquina duplicidad! ¿Cómo se atreve?

REE

¡Es un ingrato!

LOU

¿Un ingrato? Es un perverso miserable que disfraza sus bajas intenciones de filosofía.

REE

Algo Me pregunto qué habrás hecho para ponerlo en este estado.

LOU

¿Yo? ¿Ahora soy yo quien tiene la culpa?

REE

Muchas veces parecés no tener conciencia del efecto que provocás en los demás.

LOU

¿Exactamente de qué comportamiento estamos hablando?

REE

De una cierta tendencia a crear situaciones ambiguas.

LOU

¿Me estás diciendo que eso es lo que hice con Fritz?

REE

Es posible.

LOU

¿Así que ahora te ponés de su parte?

REE

No, Lou, no me pongo de su parte, pero no soy ciego.

LOU

Me encantaría entender de qué estás hablando.

REE

¿Qué pasó en el Lago de Orta?

LOU

Nada. No pasó nada.

REE

Fritz no parece pensar lo mismo.

LOU

¡Fritz es un mentiroso patológico!

REE

El dice que lo besaste. Dice que fue “un beso muy tierno”

LOU

Fritz inventa situaciones en su cabeza y termina creyéndolas.

REE

¿No lo besaste?

LOU

No me acuerdo.

REE

Besar a alguien no es de la clase de cosas de las que uno se olvida.

LOU

Pues yo no me acuerdo, señal de que no debo haberle dado demasiada importancia.

REE

Deberías tratar de hacer memoria.

LOU

¿Ah, sí? ¿Y por qué?

REE

Porque si lo hiciste, Fritz tendría razón en sentirse traicionado.

LOU

¿Desde cuándo te volviste juez de mi conducta?

REE

Vivo con vos, Lou. No puedo evitar reaccionar a las cosas que hacés.

LOU

Mi querido Paul: hago lo que se me da la gana y no aprecio ninguna interferencia en mi voluntad.

REE

Cuando dos personas deciden tener una vida en común asumen responsabilidades mutuas.

LOU

Me asombra que seas justamente vos quien exprese esta clase de moralina. Yo no asumí ninguna responsabilidad al venirme a vivir con vos ni te pedí que la asumas. Por el contrario, pienso que el placer de nuestra vida en común radica,

precisamente, en la absoluta ausencia de responsabilidades. Si mañana decidieras vestirme de conejo o traerte una amante, me resultaría perfectamente aceptable y natural. Pero sospecho que si yo lo hiciera, tendríamos una tormenta.

REE

Es muy fácil para vos presentar las cosas de esta manera.

LOU

¿Fácil? ¿Por qué tendría que ser más fácil para mí que para vos?

REE

Porque vos sos quien maneja las riendas de la situación, como en esa fotografía que se le ocurrió armar a Fritz. ¡Sos la dama del látigo!

LOU

Desde que empezamos esta discusión tengo la extraña sospecha de que no es acerca de lo que estamos diciendo, sino acerca de lo que no estamos diciendo. ¿Por qué no me contás lo que está pasando?

REE

¿Qué pasa con ese persa que te anda revoloteando?

LOU

¿Persa?

REE

¿Ese profesorzuelo que se la pasa trayéndote flores y regalos?

LOU

¿Carl Andreas? No es persa. Es profesor de persa. Viene de la isla de Java o de algún lugar parecido.

REE

Bueno, da lo mismo. ¿Qué pasa con él?

LOU

No sé. ¿Qué debería pasar?

REE

Es él, ¿no es así?

LOU

¿Es qué?

REE

¡El que te poseyó!

LOU

¡Qué ridículo podés llegar a ser! ¡Nadie me posee! No soy un lote inmobiliario. ¿Querés saber si me acosté con él? Pues no, no me acosté con él.

REE

¡No mientas! Pasás más tiempo con él que conmigo.

LOU

¡Estás celoso, pobrecito! Lo único que faltaba. ¿Vas a hacerme una escena?

REE

Pensé que teníamos un pacto de lealtad.

LOU

¡Qué obsesión con los pactos! Antes era de responsabilidad y ahora es de lealtad.

REE

Fritz tenía razón. Tu crueldad puede ser despiadada.

LOU

Por si te interesa, Andreas me pidió que me case con él.

REE (*Se echa a reír.*)

¿El persa?

LOU

El mismo.

REE

Puedo imaginarme la carcajada que le plantaste en plena cara.

LOU

No. Lo estoy considerando.

REE

¿Qué es lo que estás considerando?

LOU

Casarme con él.

REE

¿Estás loca? ¿Por qué? ¿Está forrado?

LOU

¿Andreas? ¡El pobre no tiene un centavo! Probablemente tendré que mantenerlo.

REE

¿Y por qué te casarías con él?

LOU

Bueno, es un hombre muy extraño. Vive todo con un a gran intensidad. Dice que se matará si lo rechazo. No me gustaría tener eso en mi conciencia.

REE

¿Eso es todo?

LOU

El me lo dijo, así, con todas las palabras.

REE

¡Yo también te dije que me mataría!

LOU

Sí, pero lo tuyo es utópico. El, en cambio, tiene un sentido muy impetuoso de lo trágico. El otro día, cuando estábamos cenando, se puso a jugar con un cuchillo, una de esas dagas persas con empuñadura de jade. Empezó a pasársela por el cuello, así, sobre la superficie misma de la piel, mientras insistía en que tenía que casarme con él. Y cuando le dije que no, que eso era imposible, de repente se la clavó en el pecho.

REE

¿Qué me estás contando?

LOU

Exactamente lo que pasó. Fue horrible, no te imaginás. La sangre comenzó a brotarle como una fuente y él seguía ahí impávido, preguntándome si me casaría con él. Finalmente tuve que prometerle que lo iba a considerar y salí corriendo a buscar un médico.

REE

¿Vas a casarte con él porque se clavó un cuchillo?

LOU

Es una prueba de amor muy impresionante, te lo aseguro.

REE se levanta.

REE (*Indignado.*)

¿Sabés qué? Creo que lo merecés. Creo que merecen mutuamente. Están igual de locos. ¡Cásense! ¡Arruínense la vida! Será la más dulce de las venganzas. Todos estos años con vos, querida Lou, fueron para mí como una droga que te da algunos momentos de felicidad mientras te mata. No creo que vuelva a verte nunca más y solo yo sé cuánto me pesa decirlo.

REE sale dando un portazo.

CARTA (*De Gerhart Hauptmann a Lou Salomé.*)

“Berlín, 8 de marzo de 1889

Estimada Frau Lou:

No puedo aceptar que nuestro encuentro, la semana pasada, haya sido meramente un capricho de la casualidad. Prefiero pensar que su mirada prometía más que las formales palabras que intercambiamos. Si así fuera, me consideraría un hombre afortunado.

Espero ansiosamente verla el viernes en el estreno de mi nueva obra, *Antes del amanecer*. Los críticos ya están afilando sus cuchillos, pero su presencia, querida señora, compensará, estoy seguro, cualquier adversidad.

Enteramente suyo,

Hauptmann.”

Berlín, 1889.

ANDREAS está trabajando en su escritorio. Se escucha el sonido de una llave abriendo la puerta. LOU entra, vestida elegantemente.

ANDREAS

Son las tres de la madrugada.

LOU

¿Las tres ya? No me imaginé que fuera tan tarde. ¿Qué hacés levantado?

ANDREAS

¿Dónde has estado?

LOU

En el Black Pig café. Fuimos allí después del teatro. Hauptmann estrenó *Antes del amanecer* en el Lessing. (*Se quita el sombrero. Se deja caer en uno de los sillones.*) No puedo describirte el escándalo que produjo. La gente gritaba y se peleaba en las galerías. En un momento dado, en la escena en que uno de los personajes reclama una partera, alguien tiró un par de fórceps sobre el escenario. Nunca se ha visto nada igual en el teatro. Pero la obra es brillante. El naturalismo ha llegado por fin a Alemania y lo ha hecho de una forma contundente.

ANDREAS

¿Quién más estaba?

LOU

Estaba todo el mundo, querido. No había una sola butaca vacía.

ANDREAS

En el café, me refiero.

LOU

La pandilla de siempre,

ANDREAS

¿Estaba Hauptmann?

LOU

Por supuesto. Era su fiesta.

ANDREAS

¿Y su mujer?

LOU

Ya sabes que Marie no va a esa clase de lugares.

ANDREAS

¿No va al estreno de las obras de su marido?

LOU

Fue al teatro, pero se marchó cuando nos fuimos para el Black Pig. ¿Qué te preocupa?

ANDREAS

Hauptmann parece tener un interés muy particular en vos.

LOU

El sabe que escribo críticas de teatro. Es natural que se interese en mí.

ANDREAS

En su carta no parecía precisamente interesado en tus opiniones teatrales.

LOU

¿Su carta?

ANDREAS

Una carta que dejaste ahí, sobre la mesa.

LOU

¿Ahora te dedicás a leer mi correspondencia?

ANDREAS

La carta estaba ahí. Pensé que si la dejabas no debía tener nada de privado.

LOU

Hauptmann no solo flirtea conmigo. Flirtea con cualquier cosa que lleve un vestido.

ANDREAS

La gente debe pensar que soy un idiota.

LOU

Nadie piensa nada mal de vos. Tampoco te conocen demasiado, pero los que te conocen, te respetan.

ANDREAS

¿Por qué me hacés esto?

LOU

¿Qué hago?

ANDREAS

¿Por qué me humillás de esta manera?

LOU

¿Mi libertad te humilla?

ANDREAS

¿Qué clase de matrimonio es éste?

LOU

El que elegiste tener.

ANDREAS

¡Yo no elegí nada! ¡Vos me lo impusiste!

LOU

No fue una imposición. Fue una condición, y vos la aceptaste.

ANDREAS

¿Qué clase de mujer acepta casarse pero se niega a dormir con su marido?

LOU

No me importan las demás mujeres.

ANDREAS

¿Tenés idea de la tortura a la que me sometés?

LOU

Yo no te impido que te acuestes con quien se te antoje.

ANDREAS

Excepto con vos.

LOU

Excepto conmigo. ¿No podés aceptar que una mujer te ame pero no sienta deseos de vos? ¿Que disfrute tu compañía sin necesidad de una intimidad física? ¿Te resulta tan insoportable que alguien pueda enamorarse de tu cerebro y de tu carácter sin que ese amor se traslade a lo sexual? ¿Es acaso una afrenta a tu masculinidad? ¿Qué te hace pensar que la pasión física es superior a la admiración intelectual? Los cerdos pueden copular igual que los humanos, pero no pueden pensar, ¿y vos me estás diciendo que no te sentís amado porque no quiero acostarme con vos?

ANDREAS

¿Amor? Vos no amás a nadie, querida Lou.

Sos una devoradora insaciable de pasiones ajenas, pero no das nada a cambio. Sos como una cumbre que todos desean escalar, pero una vez arriba, descubren que no valía la pena.

LOU

¿Vos qué sabes? Nunca has llegado.

ANDREAS

¿Por qué le das a Hauptmann lo que me negás a mí?

LOU

No le di nada a Hauptmann, excepto conversación.

ANDREAS

¡O a Ledebour! Ese escritorzuelo socialista que solo es capaz de escucharse a sí mismo.

LOU

Tampoco me acosté con Ledebour.

ANDREAS

¡Mentís!

LOU

Vos sabes que no sé mentir, por eso no duermo con vos.

ANDREAS

¡Eso también es una mentira! Todo acerca de vos es una mentira. Toda tu vida no es otra cosa que una larga pose. Tú literatura sos vos, tu más perfecta construcción. No hay nada en vos que sea verdadero, excepto la ambición. Una ambición vulgar que vos llamás románticamente “libertad”. Coleccionás gente famosa como otros coleccionan muñecas o insectos, pero ni siquiera eso te conmueve. Solo te conmueve mirarte en el espejo. Tu narcisismo es tan desorbitante que consume cualquier otro placer. Pero por una vez te equivocaste.

LOU

¿Me equivoqué?

ANDREAS

Te equivocaste conmigo. Yo no soy tu títere ni tu invención. No podés hacer conmigo lo que quieras. *(Comienza a quitarse la ropa.)*

LOU

(Alarmada.) ¿Qué vas a hacer?

ANDREAS queda desnudo delante de ella.

ANDREAS

¡Mirame!

LOU evita mirarlo.

LOU

Te estás comportando como un loco.

ANDREAS

¡Mirame!

LOU le echa una mirada rápida.

LOU

Te vi desnudo otras veces, si estás tratando de impresionarme.

ANDREAS se acerca a ella. LOU trata de escapar pero ANDREAS la aferra por el brazo.

LOU *(Cont.)*

¿Qué hacés? ¡Déjame!

ANDREAS

Vos y yo vamos a consumir este maldito matrimonio.

ANDREAS comienza a arrancarle el vestido. LOU se resiste, pero no puede con la fuerza de ANDREAS.

LOU

¡Déjame! ¡Estás loco!

ANDREAS la arroja al suelo. Se monta sobre ella y trata de arrancarle el resto de la ropa. LOU se resiste violentamente. Finalmente, logra escapar de la presión de él. Se arrastra hasta el escritorio y toma un cuchillo cortapapeles, con el que amenaza a ANDREAS.

LOU (Cont.)

¡No te acerqués!

ANDREAS

Sabés que no me asustan los cuchillos.

LOU

¿Qué ganarías violándome? ¿Satisfacción? ¿Te sentirías menos humillado?

Se miran intensamente por un momento hasta que ANDREAS desiste. Se deja caer en el suelo sollozando.

ANDREAS

Perdoname, perdoname.

LOU se le acerca. Se sienta junto a él. Le toma la cabeza y la apoya contra su pecho. Las lágrimas le asoman en los ojos.

LOU

¿Es la primera vez que lloro desde la muerte de mi padre.

La luz baja lentamente sobre este cuadro.

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo acto

Carta: *(De René María Rilke a Lou Salomé):*

“Munich, 13 de mayo de 1897

Mi encantadora señora:

He escuchado acerca de las noches blancas de San Petersburgo que suceden durante el solsticio de verano, cuando el sol resplandece hasta la medianoche. Pues yo he vivido una aquí, en Munich, querida señora, cuando la vi salir a usted anoche del Teatro Cuvillés, porque su aparición iluminó la noche como un sol. Alguien mencionó que solía usted pasear por las mañanas por el Jardín Inglés, y allí me dirigí esta mañana, portando un ramo de rosas. Pero usted no apareció y mis rosas, desoladas, se marchitaron.

Suyo, por siempre.

René María Rilke.”

Munich, 1997.

El departamento de LOU. LOU está tomando el té en una mesa redonda, junto a la ventana. Hay un samovar junto a la mesa. Suena una campanilla y RILKE ingresa en la sala, portando un ramo de rosas. Al ver a LOU, se quita el sombrero. Sin levantarse, LOU le tiende la mano y RILKE se la besa.

RILKE

Señora, no sabe usted cuánto le agradezco que haya aceptado recibirme. Le he traído unas rosas. Espero que le hagan honor.

Le entrega las rosas. LOU las huele, las admira.

LOU

Gracias. Estas, por lo visto, no se han marchitado.

RILKE

No, señora. Estas viven de esperanza.

LOU lo invita a sentarse a la mesa y ella se levanta, para colocar las rosas en un jarrón.

LOU

Desde hace un tiempo he estado recibiendo unos poemas anónimos. ¿Eran suyos?

RILKE
Sí, me temo que sí.

LOU
Es lo que me imaginaba.

RILKE
Espero no haberla incomodado.

LOU
¿Incomodarme? No. ¿Qué daño puede hacer un pequeño poema?

Vuelve a sentarse frente a él.

RILKE
Debo confesar que desde que la vi por primera vez no he podido quitármela de la cabeza.

LOU
¿De veras? Ya me explicará por qué. ¿Quiere té?

RILKE
Sí, gracias.

LOU
Los rusos no podemos vivir sin el té. ¿Está familiarizado con la manera en que lo preparamos?

RILKE
No, realmente.

LOU
Para nosotros se trata de una ceremonia muy importante. Por lo pronto, quisiera desmentir la noción de que tomamos el té en vasos y no en tazas. Ninguna familia que se respete, desde los tiempos de Catalina la Grande, serviría el té en vasos. El recipiente ideal es la porcelana. (*Le acerca una taza de porcelana.*) La porcelana retiene la temperatura del agua, de modo que el té no se vuelve tibio en el proceso. (*Toma la tetera del samovar.*) Primero preparamos un fuerte concentrado de hojas de té, al que llamamos *zavarka*. Esta es la esencia del té ruso. (*Vierte una pequeña cantidad del concentrado en la taza.*) El primer contacto de las hojas de té con el agua debe producirse inmediatamente que el agua alcanza su punto de ebullición. Luego, le agregamos agua hirviendo del samovar. (*Lo hace.*) La calidad del agua es

fundamental. Tanto, que tenemos un nombre especial para el agua hervida. La llamamos *kipyatok*.

RILKE
(*Repite.*) *Kipyatok*.

LOU
Perfecto. Su pronunciación no está nada mal. Tiene usted un futuro en la lengua rusa.

RILKE
Quisiera creerlo. Me encantaría aprenderla de usted.

LOU
¿De mí? ¡Qué pretensión! (*Prosigue.*) El color del té es muy importante. Debe tener el color de las castañas. Y siempre es necesario agregarle una rodaja de limón. Puede endulzarlo (*Le señala los ingredientes.*) con azúcar, miel o jalea o tomarlo, como muchos rusos prefieren, colocándose un terrón de azúcar entre los dientes. (*Lo hace.*)

RILKE
Fascinante.

LOU
Lo es, ¿verdad? El alma rusa es excepcional. Una mezcla de ingenuidad e innata sabiduría. (*Pausa.*) Pero mejor hableme de usted. Estoy llena de curiosidad.

RILKE
¿Qué podría decirle? Soy apenas un pobre poeta deslumbrado por su presencia.

LOU
¿Qué hace en Munich?

RILKE
Vine a estudiar a la universidad, pero no pasé de matricularme. Hasta encontrarla el otro día, pensaba que solo me interesaba vagabundear por la ciudad y escribir. Pero todo eso ha cambiado.

LOU
¿De veras? ¿Y ahora qué le interesa?

RILKE: Me interesa usted.

LOU
¿Yo?

RILKE

No puedo pensar en otra cosa. Escribo poemas y descubro que todos llevan su nombre.

LOU

Quiero creer que es el ardor juvenil el que lo hace expresarse de esta manera. Después de todo, tengo edad suficiente para ser su madre.

RILKE

No me insulte, señora. La edad solo le preocupa a los burócratas. Permítame, al menos, el consuelo de saber que no le soy indiferente.

LOU

¿Indiferente? No. ¿Cómo podría serlo? Pero no quisiera que se confunda.

RILKE

Señora, la confusión es mi estado natural. Pero si alguna certeza tengo, es sobre la naturaleza de mis sentimientos. Sé de usted algunas cosas. He preguntado. Sé que está casada y sé de la admiración que despierta. En ese sentido, mi aspiración tal vez sea desmesurada. Pero, ¿quién puede condenar la desmesura en un poeta? (*Saca unos papeles del interior de su saco.*) Le he traído un poema.

LOU

¿Otro?

RILKE

Quisiera leérselo. Estoy seguro que puede explicar mejor que yo mi torbellino.

LOU

Sí, claro, léalo.

RILKE (*Lee.*)

*Si callase tan sólo una vez todo,
si el acaso y lo impreciso callase,
y la risa vecina se extinguiese,
si el tumulto que mis sentidos hacen
no me estorbara al despertar -:*

*Entonces podría en un pensamiento
de mil modos pensarte hasta tu orilla,
y tenerte (solo en larga sonrisa)
para ofrendarte en toda cosa vida
como expresión de gracia.*

LOU

Es muy bonito. Y tiene usted un admirable virtuosismo con las palabras. Pero esa desmesura, de la que hablaba... No le vendría mal ponerle freno de tanto en tanto.

RILKE

¡Tiene razón! Le aseguro que sus observaciones no me hieren. Todo lo contrario: me animan, me alientan. Sea usted, además de mi musa, mi mentora.

LOU

Primero me quería de maestra de ruso y ahora me reclama de musa. ¿No le parece demasiada responsabilidad para un primer encuentro?

CARTA: *(De Lou Salomé a Rainer María Rilke)*

“Munich, 3 de junio de 1897

Querido Rainer:

Cómo quisiera poder expresar con simpleza las sensaciones que me embargaron esta mañana, cuando desperté. Mi cama estaba aún llena de vos, de tus formas y tus olores. Podía tocarle con mis dedos aunque no estuvieras. Has hecho de mí un ser entero, cuerpo y espíritu, y ahora sé que son inseparables. Soy una mujer nueva. Me paro frente al espejo y encuentro a esta otra Lou, más frágil pero más completa, que me observa burlona, con la impertinencia de quien sabía de mí algo que yo ignoraba. Me has poseído, Rainer querido, como solo se posee lo que es propio, lo que se corresponde naturalmente. Me has hecho tu mujer – no tu esposa, no tu consorte, no tu amante, sino tu mujer— porque solo hay una a quien le cabe de ese título. Y al hacerlo también vos te has vuelto un hombre nuevo. Tus poemas cantan en mi ventana.

¡El amor, querido Rainer, qué privilegio!

Tuya,

Lou.”

Berlín, 1898

La casa de LOU en Berlin-Schmargendorf. RILKE y LOU están echados en el piso, desnudos frente al fuego de una estufa, cubiertos con una manta.

LOU

Admitilo.

RILKE

¿Qué tengo que admitir?

LOU

Ese primer poema que me mandaste no era gran cosa.

RILKE

¿Por qué? ¿Era demasiado lírico, demasiado sentimental?

LOU
Era barroco y pretencioso.

RILKE
No es un pecado.

LOU
Sí lo es, en esta época.

RILKE
Era muy joven.

LOU
¿El año pasado?

RILKE
Sí, el año pasado era muy joven. Pero ya no lo soy. Maduré a tu lado, Lou. Aprendí tantas cosas de vos que mi deuda se volvió impagable. Pero no es suficiente. Tengo mucho más que aprender.

LOU
¿Cómo qué?

RILKE
Quisiera poder leer a Dostoyevksy en ruso. Debe ser muy diferente.

LOU
Lo es.

RILKE
Tanto como leer mi poesía en ruso.

LOU
Seguramente.

RILKE
¿Cómo dirías en ruso *Humillados y ofendidos*?

LOU
Unizhennye i oskorblennye.

RILKE (*Repite.*)
Unizhennye i oskorblennye. ¿Te das cuenta? Hay una rima ahí que desaparece en la traducción. (*Entusiasmado.*) ¿Y *Crimen y castigo*?

LOU

Prestuplenie i nakazanie.

RILKE (*Repite.*)

¡*Prestuplenie i nakazanie.* Lo mismo. La misma musicalidad.

LOU

Es por las declinaciones de la lengua rusa, que hace que los finales de palabras sean similares.

RILKE

La razón no importa. Pero leyéndolo en alemán o en francés uno se queda solo con la anécdota.

LOU

Tenés buen oído. Lo aprenderías con facilidad.

RILKE (*Repentinamente.*)

¡Vámonos a Rusia, Lou!

LOU (*Sorprendida.*)

¿Cómo?

RILKE

¡Sí, vámonos a Rusia! ¡Vos y yo! A ver el amanecer del nuevo siglo. ¡Tantas cosas están sucediendo allí! Todo el mundo habla de revolución.

LOU

Los rusos siempre hablan de revolución, pero cuando llega el momento, sucumben por su amor al Zar y a la Virgen de Vladimir.

RILKE

No esta vez. Los comienzos de siglo siempre son transformadores. El nuestro empezó con Napoleón. El próximo empezará con los rusos. ¡Sería maravilloso ir con vos! Podrías mostrarme San Petersburgo, la casa donde naciste, podríamos cruzar abrazados los puentes sobre el Neva. ¡Podríamos ir a conocer a Tolstoy!

LOU

Si le digo a Andreas que me voy a Rusia, seguramente insistirá en acompañarnos.

RILKE (*Fastidiado.*)

Otra vez la trinidad. Parecés tener una cierta debilidad por los tríos.

LOU

Fueron los rusos los que inventaron la troika, no lo olvides.

RILKE

Podríamos pasar la Pascua en Moscú, en la Catedral de San Basilio. Escuchar las campanas tañir en toda la ciudad.

LOU se ríe.

RILKE (*Cont.*)

¿Por qué te reís?

LOU

¿Sabés que otro nombre tiene?

RILKE

¿Qué cosa?

LOU

La Catedral de San Basilio.

RILKE

No.

LOU

La Catedral de la Trinidad.

RILKE (*Riendo a su vez.*)

Eso lo explica todo. (*Pausa. RILKE SE levanta.*) ¿Creés que vendría con nosotros?

LOU

¿Andreas? ¡Por supuesto!

RILKE

¿No le importaría?

LOU

No sabe.

RILKE

¿Cómo puede no saber?

LOU

Andreas sospecha de todo el mundo, pero en el fondo piensa que nunca me atrevería.

RILKE

Qué poco te conoce. ¿Cómo podés dormir con él?

LOU
No duermo con él.

RILKE
¿No dormís con él?

LOU
No.

RILKE
¿Por qué no?

LOU
Porque no quiero.

RILKE
¡No te creo! ¿Por qué me mentís? Puedo verlos, a vos y esa bestia persa revolcándose como monos. ¡Y después venís a mi cama como si nada!

LOU
¿Eso creés?

RILKE
¡Sí, eso creo!

LOU
Sos un tonto.

RILKE
¡Ya lo creo!

LOU
Sos el único hombre con el que hice el amor.

RILKE
¡No me hagás reír!

LOU: Reíte, si querés. Pere sos el único.

RILKE (*Desconfiado.*)
¿Lo decís en serio?

LOU
Absolutamente.

RILKE la mira como si se tratara de la primera vez. Los ojos se le llenan de lágrimas. Se acerca a ella.

RILKE
Lou...

LOU
¿Vas a ponerte a llorar?

RILKE
Estoy conmovido. ¿No podés entenderlo? Me diste todo.

LOU
¿Todo? ¡Qué niño sos!

RILKE
¿Por qué me llamás niño?

LOU
Porque creés que la virginidad de una mujer es la mayor ofrenda.

RILKE
Lo es, en tu caso.

LOU
¡Qué absurdo! No es un tesoro que guardaba.

RILKE
¿Qué era entonces?

LOU
No lo entenderías.

RILKE
Explicámelo.

LOU
No.

RILKE (*La toma por los hombros, la sacude.*)
¡Explicámelo!

LOU (*Se incorpora. Comienza a vestirse.*)
Tengo que irme. Se me hace tarde.

RILKE
¿Dónde tenés que ir?

LOU
Tengo que encontrarme con Frieda von Bülow.

Pausa.

RILKE (*Desconfiado, la mira vestirse.*)
¿Qué tenés con Frieda?

LOU
¿Qué tengo? Nada. Somos amigas. ¿Por qué?

RILKE
¿Nada más que amigas?

LOU
¿De qué estás hablando?

RILKE
Todo el mundo sabe de Frieda.

LOU
¿Sabes qué? ¿Qué es una escritora feminista?

RILKE
Que le gustan las mujeres.

LOU
También a mí me gustan las mujeres. Me gustan más que los hombres.

RILKE (*Desolado.*)
¿Estás hablando en serio?

LOU ¡Qué estúpido podés ser a veces!

Sale.

CARTA: (*De Lou Salomé a Frieda von Bülow.*)

“Moscú, 3 de mayo de 1899

Querida Frieda:

Ayer salimos de Moscú, camino de San Petersburgo y debo admitir que la experiencia ha sido arrolladora. Compartir este viaje con Andreas y Rainer no es tarea fácil pero, al mismo tiempo, sus percepciones y sus experiencias, son tan diferentes, tan ridículamente opuestas, que terminan complementándose. No obstante, se llevan discretamente bien y hasta conversan animadamente.

Para mí, este viaje ha sido un auténtico regreso a la fuente. Comprendí hasta qué punto había suprimido mi parte rusa y cuánto había perdido por hacerlo. Rusia, ahora lo sé, no solo es mi hogar: es mi esencia y mi universo. Los signos de la sedición están por todas partes. Pero al igual que el Zar, los líderes revolucionarios hablan del pueblo como si se tratase de niños. Y el pueblo, a su vez, acepta ese destino, venga éste de Dios, del Zar o de la Revolución, con la misma pasividad.

No quiero abrumarte más, querida Frieda. Mañana, por fin, iremos a ver a Tolstoy. Rainer está en un estado de excitación incontenible.

Tu devota amiga, Lou.”

En ruta a San Petersburgo, 1899.

LOU, ANDREAS y RILKE comparten el vagón de un tren. LOU reposa sobre el hombro de RILKE, tratando de dormir. RILKE está leyendo un libro. ANDREAS los observa desde el asiento opuesto.

ANDREAS

Es curioso verte así, reposando sobre un hombro extraño.

LOU (*Sin abrir los ojos.*)

Rainer no es un extraño. Además, su hombro es más mullido que el tuyo. Vos te movés demasiado cuando me recuesto.

RILKE (*Sin levantar la vista del libro.*)

Hay que aprender a mantenerse rígido cuando Lou decide descansar.

ANDREAS

Como los cadáveres.

RILKE

En efecto. Sospecho que es así como nos prefiere.

LOU (*Abre los ojos. Se endereza.*)

Detesto que hagan comentarios sobre mí como si estuviera ausente.

ANDREAS

Nunca estás ausente, querida Lou. Siempre hay una molécula tuya flotando en el aire, sin la cual seríamos incapaces de respirar.

LOU le echa una mirada asesina. RILKE vuelve a su libro.

ANDREAS (*Cont.*)

Me llamó la atención la extraña relación que Tolstoy tiene con Sofía Andreyevna. ¿A ustedes no?

LOU (*Intencional.*)

Todos tenemos extrañas relaciones, Andreas.

ANDREAS

Pero la de ellos es muy particular. Durante toda la conversación, ni una vez la miró él a los ojos. ¿No se dieron cuenta? Ella hacía comentarios, pero él se comportaba como si ella no existiera.

LOU

Es, precisamente, de lo que hablaba hace un instante.

ANDREAS

No podés comparar lo nuestro, Lou. Yo me pasaría la vida mirándote, si me lo permitieras. Y estoy seguro que Rainer haría lo mismo. (A RILKE.) ¿No es así?

RILKE (*Desde su libro.*)

Les agradeceré si me dejan fuera de estos lances familiares.

ANDREAS

Pero no estás afuera, querido Rainer. Sos parte de la familia. Todos somos marionetas en el pequeño teatro de Lou. ¿No es así, mi querida?

LOU (A ANDREAS.)

¡Me fastidiás!

RILKE (*Aparta el libro.*)

Sofía Andreyevna vive en un mundo apartado y ajeno. Lev Tolstoy no solo ha logrado capturar el alma rusa. ¡El mismo se ha vuelto el alma rusa! Y ella no puede comprenderlo, ni mucho menos, aceptarlo.

ANDREAS

Eso que decís es muy ingenuo, Rainer. Tolstoy es un viejo zorro. Se ha transformado a sí mismo en ese personaje casi mitológico que condesciende a compartir el espacio con el resto de nosotros, los mortales. ¿Han observado como camina? Como si la tierra debiese sentirse agradecida de que él pose sus pies sobre ella. Presume de ser un hombre del pueblo, pero espera que el pueblo lo trate como un dios. Ya lo escucharon proclamar que la educación es el mayor enemigo del pueblo ruso. ¡Qué delirio!

LOU

No entiendo de dónde sacás esa repentina autoridad en Tolstoy. Ni siquiera entendías claramente de qué hablaba.

ANDREAS

Te equivocás, querida. Lo entendí perfectamente. Especialmente cuando se burló de tu conclusión sobre la innata piedad del pueblo ruso y la llamó “una

forma de superstición”. O cuando Rainer le dijo que era poeta y el viejo se despachó con una larga diatriba acerca de la inutilidad de la poesía.

RILKE

Tolstoy es mucho más que sus arbitrarias opiniones. Es un viejo, y los viejos son caprichosos. Siente celos del amor que los rusos le tienen a Pushkin y se rebela contra la poesía. Considera que el mundo reverencia a Shakespeare más de lo que lo reverencia a él y afirma que Shakespeare era un mal escritor. ¿Y qué? El puede permitírselo. Es un gigante. ¿Acaso un par de opiniones antojadizas pueden menoscabar la importancia de *La Guerra y la Paz* o de *Anna Karenina*? Yo vi la veneración que la gente siente por él, la gente más simple, aún aquellos incapaces de leer sus libros. ¿Qué otro pueblo del mundo siente tal amor por sus escritores? Sofía Andreyevna no entiende ya quién es su marido. Un espíritu como el de Tolstoy necesita expresarse con absoluta libertad. Y no es fácil para una mujer aceptar la libertad del hombre con el que vive.

LOU

¿Y lo es acaso para un hombre?

RILKE

¿Qué cosa?

LOU

Fácil aceptar la libertad de la mujer con quien vive.

ANDREAS

Nadie goza de más libertad que vos en este mundo, querida Lou.

LOU

Te equivocás. Todavía sos mi marido y ejercés tus prerrogativas, aunque sea de forma muy sutil. Y Rainer es un posesivo incurable.

ANDREAS

Ya lo ves, Rainer, los dos hemos cobrado, lo cual nos coloca en un mismo plano. Creo que ha llegado el momento de preguntarte respetuosamente si te acostaste con mi esposa.

RILKE

(*Sorprendido.*) ¿Qué clase de pregunta es esa?

LOU le echa una mirada inexpresiva a ANDREAS y vuelve a mirar por la ventana.

ANDREAS

Es una pregunta, querido amigo. Nada más que una pregunta.

RILKE

¡De muy mal gusto!

ANDREAS

Las preguntas no son ni buenas ni malas, querido Rainer. Pueden ser mal intencionadas, lo admito, pero aún así, siempre se pueden responder por lo afirmativo o por lo negativo.

RILKE

¡Yo me niego siquiera a considerarla!

ANDREAS

En tal caso, y ante la duda, permítame hacerte una advertencia. Lou es insaciable. No importa cuánto le concedas, siempre será insuficiente. Mirala bien. ¿Qué sabes de ella? Nada. Nadie sabe nada de Lou. ¿Es un témpano o una hoguera? Tal vez sea las dos cosas al mismo tiempo. Cruel y generosa, perversa e ingenua. Amar a Lou, querido Rainer, es un acto de autoflagelación.

LOU se asoma a la ventanilla.

LOU

¡Miren! ¡Estamos entrando en San Petersburgo!

CARTA (*De Lou Salomé a Frieda von Bülow.*)

“Berlín, 10 de noviembre de 1901

Querida Frieda:

Llevo un par de semanas con una horrible depresión y no hay nada que pueda hacer para quitármela. Seguramente habrás escuchado la terrible noticia de la muerte de Paul Rée. Aparentemente, se despeñó de una montaña, cerca de St. Moritz, el mismo lugar donde solíamos pasar nuestros veranos juntos. Paul tenía varios años de vivir allí solo y conocía el terreno perfectamente. Por si esto no fuera suficiente para hacerme pensar que su muerte no ha sido accidental, está la carta que hallaron sobre su escritorio, dirigida a mí y que sólo decía: ‘No me busques más’.

Como te imaginarás, no resulta fácil cargar con la responsabilidad de la muerte de un ser querido y menos, alguien tan vulnerable como Paul. Y ahí reside el desgarrador dilema, querida Frieda: ¿hasta qué punto estamos obligados hacia los demás? ¿Dónde termina nuestra libertad y comienza nuestra responsabilidad? ¿Y no es esta responsabilidad la antítesis de la libertad, su sepulturera? ¡Qué disyuntiva tan cruel, amiga mía! Estoy desconsolada. Tuya, siempre, Lou.”

Berlín, 1901.

Un café. LOU está comiendo con Otto BRAHM cuando RILKE aparece. Se lo ve agitado y perturbado. Se aproxima a la mesa y encara a LOU, desentendiéndose de BRAHM.

RILKE

¿Así que es aquí donde te ocultás?

LOU (*Sorprendida.*)

¡Rainer! ¿Qué hacés aquí?

RILKE

Te busqué por todos los cafés y restaurantes de Berlín. Llevo dos horas dando vueltas. Me duele la cabeza de tanto entrar y salir.

LOU (*Incómoda, le presente a BRAHM.*)

Rainer, éste es Otto Brahm. Ya sabés, el editor de *Freie Buhne...* (A BRAHM)

Otto: él es Rainer María Rilke.

BRAHM le hace una reverencia pero RILKE ignora totalmente su presencia.

RILKE

No puedo escribir cuando no estás. Deberías saberlo.

LOU

Pues no lo sabía. ¿Desde cuándo es así?

RILKE

Desde siempre, desde que estoy con vos.

LOU

¿De veras? Recién me desayuno. Creí que los poetas escribían en soledad.

RILKE

Yo escribía en soledad antes de conocerte. Ahora no puedo hacerlo más.

RILKE la toma por el brazo. Trata de obligarla a levantarse.

RILKE

Vení, vamos a casa.

LOU se deshace del apretón.

LOU

Rainer, Otto y yo estamos discutiendo mi próximo artículo. Este no es un buen momento para hablar de tu situación. Lo mejor será que vuelvas a casa y me esperes ahí.

RILKE

Es casi la medianoche. ¿Quién discute artículos a la medianoche?.

LOU

Rainer, estás comportándote de una manera abominable.

RILKE

No puedo escribir, ¿no entendés? Necesito que vengas.

BRAHM (*Incómodo.*)

Lou, si preferís...

LOU: (*A BRAHM.*)

De ninguna manera, Otto. Vamos a seguir con la cena y la conversación. Rainer se va a ir a casa. No tiene ningún derecho a hacerme esto.

RILKE

¿Te acostaste con él? (*A BRAHM, por primera vez.*) ¿Se acostó con ella?

BRAHM

(*Muy relajado.*) No que yo sepa.

RILKE (*A LOU.*)

¿Él te lo propuso?

LOU

Si lo hizo, no me di cuenta.

RILKE (*Sombrío.*)

No puedo escribir cuando no estás. No puedo hacer nada. Excepto caminar. Mirar por la ventana.

LOU

Andate a casa, Rainer. Hablaremos ahí cuando regrese.

RILKE

Detesto que me abandones. Lo sabés muy bien. Me llena de terror. Ya lo hiciste una vez, en San Petersburgo, y casi me suicido. (*A BRAHM.*) Casi me suicido.

LOU

Yo no te abandoné en San Petersburgo. Fui a ver a mis padres a Finlandia. Y me escribiste esa carta horrible donde me acusabas de ser cruel, desalmada y desleal.

RILKE

Ya me disculpé por esa carta.

LOU

Y ahora empezás de nuevo.

RILKE

Vos no entendés el infierno en que vivo. No duermo, no puedo cerrar los ojos.
(A BRAHM.) ¿Usted puede dormir?

BRAHM

Generalmente, sí.

RILKE se sienta a la mesa.

RILKE (A BRAHM.)

Yo no puedo. Apenas cierro los ojos, tengo la impresión de que alguien golpea a mi puerta. Me levanto, abro la puerta, pero no hay nadie. Vuelvo a la cama y otra vez empiezan a golpear. (A LOU.) Quizás estoy perdiendo la razón, como tu amigo Nietzsche.

LOU

Necesitás descansar, Rainer. Hacer un viaje. Distraerte.

RILKE

Lo haré si venís conmigo.

LOU

Yo necesito terminar mi novela. Se me está acabando el dinero.

RILKE

Podríamos ir al norte de Italia. Alquilar una casa en algún pueblito de los Alpes. Podrías trabajar allí.

LOU

No quiero irme de Berlín.

RILKE

Lo que querés es que me vaya.

LOU

Lo que quiero es que te tomés una vacación.

RILKE

No tratés de endulzar las cosas, Lou. Sé cómo pensás. Sé muy bien cómo sos.
Tu marido tiene razón. Amarte es un acto de autoflagelación.

LOU

Pues andá a juntarte con él.

RILKE

Ya no me querés.

LOU

No, Rainer, no te quiero más.

RILKE

¿Te das cuenta lo cruel que sos? (A *BRAHM.*) ¿Se da cuenta la clase de mujer que es? Puede decir lo que dijo sin que se le mueva un pelo. (A *LOU.*) Así fue.

LOU

¿Así fue qué?

RILKE

Lo que le pasó a Paul Rée.

LOU

¡Te prohíbo que hables de él!

RILKE

Lo pusiste al borde el peñasco y lo empujaste.

LOU

¡Paul y yo no nos vimos por catorce años!

RILKE

El tiempo no importa.

LOU

¡Andate! ¡Dejame en paz!

RILKE

No sos capaz de serle fiel a un hombre.

LOU

No, no lo soy, ni me interesa serlo. Precisamente porque no lo soy estuviste conmigo todo este tiempo. Pero ahora se acabó.

RILKE

Lou, no entendés. No puedo dormir.

LOU

Andá a ver un médico. Yo no puedo ayudarte.

RILKE

Escribí un poema. Es breve. Quiero leértelo.

Saca una hoja de papel del interior de su abrigo.

RILKE (Cont.)

¿Querés escucharlo? Es breve.

Silencio de LOU.

RILKE (Cont.)

¿Querés? (A BRAHM.) Usted también puede escucharlo.

BRAHM

Gracias.

RILKE: Se llama "Final". (Lee:)

La muerte es grande.

Somos los suyos

de riente boca.

Cuando nos creemos en el centro de la vida

se atreve ella a llorar

en nuestro centro.

RILKE (Cont., después de una pausa.)

¿Te gusta?

Silencio de LOU.

RILKE (Cont.)

¿Te gusta, Lou?

LOU

Sí.

RILKE

¿Lo decís en serio?

LOU

Sí.

RILKE le toma las manos y se las besa.

LOU (Cont.)

Tenés que irte, Rainer. Esto no da para más.

Carta: (De Lou Salomé a Frieda von Bülow.)

"Viena, 2 de noviembre de 1912

Querido Frieda:

Han pasado tantas cosas en mi vida desde la última vez que nos vimos, que la idea de resumirlas en una carta me llena de aprensión. Por lo pronto, nos hemos mudado a Göttingen, en la Baja Sajonia, donde Andreas obtuvo un importante nombramiento en la Universidad. Vivimos en una casa sobre la ladera del Hainberg, con una maravillosa vista del valle y la ciudad.

Hace unos meses recibí una carta de Rainer. Se ha casado, como seguramente sabrás, con Clara Westhoff, una escultora, con la que tuvo una hija a la que, llamativamente, llamó Ruth, como el personaje de mi primera novela. Yo, por mi parte, he perdido la pasión por la literatura y me he ido sumergiendo, en cambio, cada vez más en el psicoanálisis. Con cada día que pasa me siento más atraída por esta nueva ciencia que, creo, puede dar respuesta a algunas de las cuestiones más enigmáticas de la psicología humana. Tanto es así, que en septiembre viajé a Weimar, al Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, donde conocí al famoso doctor Freud.

Mi inmersión en el psicoanálisis le ha dado a mi existencia una dirección inesperada. A los 50 años, siento que vivir sigue siendo una aventura fascinante.

El doctor Freud es un hombre brillante, sumamente perceptivo y hasta con una cierta tendencia al galanteo. Demuestra un especial interés en mí, debo admitir. Me invita a caminatas y me envía flores con cualquier pretexto. Tengo la sospecha de que si le diera la oportunidad, se metería bajo mi vestido, pero no tengo ninguna intención de sacrificar todo lo que obtengo de él, para ponerlo a prueba.

Las sesiones de los miércoles son fascinantes, como lo es la gente que integra el círculo. Hay una sola mujer, Helene Deutsch, que, aunque casada, sospecho que está locamente enamorada de Freud y reacciona a las atenciones que él me prodiga con gran fastidio y resentimiento. Pero la persona más interesante del grupo es, lejos, un joven médico llamado Víctor Tausk. En algún sentido, me recuerda mucho a Rainer. Es mucho más joven que yo, muy atractivo, con una rebelde melena rubia y unos melancólicos ojos azules. Estoy segura de que debe causar estragos entre las mujeres. Su inteligencia es tan aguda como sus inseguridades y una puede palpar la intensidad con la que ambas se confrontan. Debo confesar que es, precisamente esta lucha casi animal que se libra dentro de él lo que más me atrae.

No dejes de escribirme y contarme de vos.

Tu amiga del alma,
Lou.”

Viena, 1912

La casa de Sigmund FREUD. LOU acaba de entrar y se detiene frente a un espejo. FREUD entra y la observa por un instante.

FREUD

Viéndola así, no me asombra su interés por el narcisismo, frau Salomé.

LOU

Estaba admirando el espejo, no mi imagen, doctor Freud.

FREUD

¡Ah! Ese espejo es un viejo recuerdo familiar. Es curioso que se hubiera detenido en él.

LOU

Bueno, un espejo es un espejo. Y las mujeres lo encontramos irresistible.

FREUD

Tiene usted razón. La pregunta era redundante. Pero, venga, siéntese. (*Se sientan.*) ¿Puedo ofrecerle alguna cosa? ¿Una copita de licor?

LOU

Con mucho gusto.

FREUD sirve dos copitas de una bandeja.

FREUD

Me encanta que haya podido hacerse el tiempo de visitarme.

LOU

No me hubiera perdido la oportunidad bajo ninguna circunstancia. Especialmente después de recibir esas flores tan exquisitas y esa carta suya tan enigmática donde expresa su deseo de tener una conversación privada conmigo.

FREUD

Se lo agradezco. Solo espero no haberle creado falsas expectativas.

LOU

Las expectativas nunca son falsas. A lo sumo, son irrealizables. Pero su existencia como mediadoras entre el sujeto y sus deseos, es real. Usted lo ha escrito.

FREUD

Touché. (*Pausa.*) Debo confesar que usted me intriga, frau Salomé.

LOU

¿De veras? ¿Por qué?

FREUD

Admito que la primera vez que me escribió contándome de su interés en el psicoanálisis, no la tomé demasiado en serio. Naturalmente, sabía de su fama

como escritora y mujer de mundo, y pensé que lo que usted llamaba interés, en realidad debía leerse como capricho o antojo. Pero después de observar su constancia y escuchar sus comentarios y opiniones en las reuniones de los miércoles, no puedo sino expresarle mi admiración y pedirle disculpas por mi error de juicio.

LOU

¿Hubiera pensado lo mismo de haberse tratado de un hombre?

FREUD

Probablemente, no. (*Con intención.*) Pero tampoco hubiera mostrado la misma disposición.

LOU

Por lo visto, es usted el que se nutre de falsas expectativas, doctor Freud.

FREUD

Es posible. Lo reconozco.

LOU

¿Y qué lo intriga de mí?

FREUD

Su personalidad, su extraordinaria trayectoria. (*Pausa.*) Me pregunto qué busca en el psicoanálisis, frau Salomé.

LOU

Busco lo mismo que usted, doctor Freud. Entenderme. En muchos sentidos, yo también soy un enigma para mí misma.

FREUD

¿Y ha encontrado algún signo direccional? ¿Alguna puerta por la cual adentrarse a ese misterio?

LOU

He visto la puerta, pero aún no sé muy bien qué hay detrás de ella. Pero como quiera que sea la persona que hay detrás, ésa soy yo. No me da miedo verle la cara. (*Pausa.*) Pero sospecho que no es de esto de lo que quería hablarme.

FREUD

Es usted una mujer admirable, frau Salomé, y creo que su contribución a las discusiones de nuestro pequeño círculo ha sido realmente invaluable. Por eso me permito advertirle acerca de uno de nuestros colegas, por quien, no pude dejar de notar, demuestra usted una particular simpatía.

LOU

¿Se refiere usted a Víctor Tausk?

FREUD

En efecto.

LOU

No imaginé que mi simpatía por Tausk pudiera ser de interés para nadie, doctor Freud, y, más aún, causa de un conflicto tal, que lo obligue a usted a proponer esta conversación.

FREUD

El doctor Tausk es un hombre sumamente talentoso, frau Salomé, y soy el primero en admitirlo. Pero es igualmente impetuoso e inestable. No dudo que la relación con una mujer como usted pueda resultarle muy atractiva y hasta beneficiosa. Pero el doctor Tausk tiene tendencia a volverse muy dependiente y eso, según entiendo, no le sienta muy bien a usted.

LOU

¿Está usted preocupado por mi bienestar personal, doctor Freud?

FREUD

Solo en la medida en que esta relación puede afectar el funcionamiento de nuestro círculo, frau Salomé.

LOU se echa a reír.

FREUD (*Cont.*)

Se ríe...

LOU

Su interpretación me resulta muy curiosa.

FREUD

¿Curiosa? ¿Por qué?

LOU

Porque lo cierto es que Tausk está más interesado en usted que en mí. Cuando estamos juntos, no hace más que hablar de usted.

FREUD

Exagera usted su modestia al juzgar sus encantos, frau Salomé.

LOU

O usted los suyos, doctor Freud. Si no lo conociera como lo conozco, pensaría, no sin un gran asombro, que siente usted celos del pobre Tausk.

FREUD

¿Qué conclusión tan disparatada, frau Salomé! ¿Por qué podría sentir celos de él?

LOU

Tal vez porque le atribuye la posesión de un objeto que usted desea.

FREUD

¿Es eso lo que piensa?

LOU

Pues no encuentro otra manera de explicar su fijación con Tausk.

FREUD

No se le escapa, frau Lou, que lo que comenzó como una fascinante aventura científica se ha convertido en una desdichada lucha de ambiciones y egocentrismos donde no basta con cuidar el propio feudo sino que es preciso destruir el de los demás. Algunos de los que fueron mis más cercanos colaboradores, se han convertido en mis más acérrimos enemigos. Adler y Jung no pierden ocasión de denigrarme y no hacen distinción entre lo profesional y lo personal y Stekel va camino de hacer lo mismo. Yo he insistido siempre que debemos avanzar sobre la base de evidencias sólidas y comprobadas, y el doctor Tausk, en ese sentido, con su impetuosidad, puede ser peligroso para el futuro del psicoanálisis cuando no para sí mismo.

LOU

Tausk siente por usted una devoción casi religiosa, doctor Freud. No creo que jamás reniegue de esa fe.

FREUD

Mi querida amiga, es usted una gran optimista y lo celebro, se lo aseguro. Pero no encuentro evidencias para compartirlo. Si algo nos ha enseñado el psicoanálisis, es que el hombre no es una criatura agradable. Es hipócrita, deshonesto, cruel y ambicioso, capaz de provocar su propia destrucción tanto como la de los demás. Usted misma, frau Salomé, debe luchar con la sombra de su reputación.

LOU

¿Mi reputación?

FREUD

La gente la considera el paradigma de la *femme fatale*. No creo que lo ignore.

LOU

Le agradezco el cumplido, doctor Freud. A mis años, sin duda lo es. Pero, ¿qué

es lo que define, en su opinión, a una *femme fatale*?

FREUD

Lo mismo que define a un asesino serial, frau Salomé: la ristra de cadáveres.

LOU

Pero la *femme fatale* no tiene existencia sino en la fantasía masculina. En este caso, es el opuesto del asesino serial. El asesino serial elige sus víctimas. Aquí son las víctimas las que elijen al asesino. Es la idea de una mujer que puede ser deseada pero nunca poseída o cuya posesión lleva inevitablemente a la destrucción del sujeto.

FREUD

¿Y es así como usted se percibe, frau Salomé?

LOU

¿Está usted interesado en mi vida sexual, doctor Freud?

FREUD (*Defensivo.*)

Mi interés es puramente profesional, se lo aseguro.

LOU

Como sabrá, crecí en medio de hombres. Eramos cinco hermanos y yo, la única mujer. Tal vez por esa razón intuí muy pronto que los hombres tendían a desear de mí más de lo que yo deseaba de ellos. También descubrí que la negativa a conceder lo que los demás esperan de una es una fuente de considerable poder. Mi primera experiencia sexual no fue una entrega: fue una conquista. Yo tomé lo que deseaba tomar.

FREUD

¿Y así ha sido desde entonces?

LOU

Generalmente, sí. (*Coqueta.*) ¿Está usted midiendo sus posibilidades, doctor Freud?

FREUD

Es lo que hacemos los científicos, frau Salomé.

LOU se incorpora.

LOU

No tengo derecho a robarle más tiempo. Ha sido usted muy amable. Y la conversación me ha resultado sumamente instructiva.

FREUD

También a mí, frau Salomé. Espero ansiosamente la ocasión en que podamos

repetirla. Y no deseche usted mis consejos.

LOU

Ni usted los míos. Gracias por las flores. Y salude usted a su esposa de parte mía.

FREUD

Lo haré sin ninguna duda.

LOU le tiende la mano y FREUD se la besa. LOU sale.

Carta: *(De Helene Deutsch a Lou Salomé)*

“Viena, 14 de junio de 1919

Estimada frau Salomé:

No es sino con gran dificultad que abordo la tarea de escribirle. Nuestras relaciones, como usted no ignora, no han sido nunca demasiado amigables, ni aún en el limitado entorno del círculo de estudio del doctor Freud. Lo que recibía de usted era una actitud de gran soberbia que atribuyo al especial (y para mí, inexplicable) interés que el doctor Freud demostraba por usted, a más de una necesidad casi patológica de seducir a cualquier cosa con pantalones que se le cruce delante, que ni siquiera excluyó a mi marido.

Debo confesar también que, desde un primer momento vi con gran preocupación su relación con Víctor Tausk. Puede usted estar segura que no se trató de celos ni de envidia, sino del gran respeto y consideración que siempre he sentido por el doctor Tausk. No solo es quince años menor que usted, sino que, a pesar de su brillantez (o tal vez como consecuencia de ella) padece de una gran fragilidad emocional, no siempre evidente, que a mi juicio hacía que la relación con una mujer de su carácter y reputación, fuera extremadamente peligrosa.

Lamentablemente, mis peores temores se han vuelto realidad en los últimos días y ésta es la razón que me lleva a escribirle. La guerra ha sido particularmente dura para el espíritu y la carrera del doctor Tausk. Como consecuencia de todo esto, se encuentra al presente atravesando una seria crisis anímica y me ha rogado que me pusiera en contacto con usted y la convenciera de venir a verlo. Como su amiga y terapeuta, traté de explicarle lo perjudicial que resultaría un encuentro de esta naturaleza, pero él ha insistido y me temo que su estado no admite que se lo contradiga.

No sé si estará usted en condiciones de viajar inmediatamente, pero tenga usted la certeza de que el caso es urgente.

Atentamente,
Helene Deutsch.”

Viena, 1919

El departamento de Víctor TAUSK. TAUSK está sentado en un sofá, envuelto en una manta, sumido en una intensa depresión. Su aspecto es desdichado. LOU entra de prisa, vestida en ropa de viaje, trayendo una valija. Abre la puerta

con su propia llave.

LOU
¡Víctor!

TAUSK se vuelve. Se incorpora.

TAUSK
¡Lou! No puedo creer que hayas venido.

LOU arroja la valija sobre una silla. Se acerca a él.

LOU
¿Qué te pasa?

TAUSK
Te juro que no pensé que lo harías. Pensé que nadie volvería a entrar por esa puerta.

La emoción lo quiebra. La abraza.

TAUSK (*Cont.*)
¡Me siento tan miserable, Lou! No podés imaginarte. Todo se ha derrumbado. Todo mi mundo. No queda nada, nada.

LOU lo conduce hasta el sofá. Se sienta junto a él.

LOU
¿Por qué no te tranquilizás y me contás?

TAUSK
Todos me han abandonado, Lou. ¡Hasta Helene! Nunca me imaginé que ella lo haría. Pero lo hizo.

LOU
Helene no puede haberte abandonado, Víctor. Ella fue quien me pidió que viniese a verte.

TAUSK
Pues lo hizo. Me llamó la semana pasada para anunciarme que no podía seguir tratándome.

LOU
¿Por qué?

TAUSK
Me dijo que mi tratamiento estaba causando interferencia con su propio

análisis y que, por lo tanto, debíamos interrumpirlo.

LOU

No puedo creerlo.

TAUSK

Fue Freud, Lou. Es hombre muy perverso. Yo no lo quería ver, pero ahora lo sé. El lo orquestó todo. Freud quiere destruirme, destruir todo mi trabajo. Yo lo admiraba tanto, vos lo sabes. Todavía lo admiro. No sé por qué se ha portado así conmigo. ¿Qué le hice?

LOU

Vos no le hiciste nada, Víctor.

TAUSK

Quizás la causa fuiste vos, Lou.

LOU

¿Yo? ¿Yo qué tengo que ver?

TAUSK

Freud nunca pudo soportar nuestra relación. Los celos lo carcomían. Yo lo sé positivamente y Helene también lo sabía.

LOU

No entiendo nada de lo que estás hablando, Víctor. Eso fue hace años. Mirá cómo estás. Tenés que tranquilizarte. ¿Querés que te prepare algo?

LOU hace ademán de levantarse. TAUSK se lo impide.

TAUSK

No necesito nada. No vayas a ningún lado. Quedate aquí, a mi lado.

LOU

¿Qué es esa historia delirante de que Freud trató de destruirte?

TAUSK

¡Lo hizo, Lou, te lo aseguro! No es mi paranoia. Cuando volví de la guerra estaba muy mal, ¿sabes? Verdaderamente mal. No te imaginás las cosas que he visto. El extremo del horror humano. ¡Y Viena! Bueno, ya has visto lo que es. Nada funciona. Todo es caos y anarquía. La basura acumulándose en las calles, las colas de desempleados. Yo no tenía trabajo, no podía ganarme la vida y menos mandarle dinero a mi mujer. ¡Tengo cuarenta años y no soy capaz de alimentar a mis hijos!, ¿te das cuenta? El caso es que tenía todos estos conflictos dando vueltas en mi cabeza y fui a pedirle a Freud que me analizara. Creo que tenía derecho a pedírselo. A fin de cuentas, yo soy alguien en el

mundo del psicoanálisis, tengo importantes trabajos publicados. Decime si no es así.

LOU

Sí, Víctor, es así.

TAUSK

Bueno, ¿sabés qué hizo Freud? Se negó. Así, sin atenuantes. Me dijo que no se sentía en condiciones de hacerlo y que me derivaría a Helene. ¡Derivarme a Helene! ¿Te das cuenta? ¡Helene no tenía ninguna experiencia! ¡Yo fui su primer paciente! Pero acepté la humillación. Pensé que tal vez Freud tenía sus razones, que estaba haciendo, no sé, un experimento. Después de todo, él supervisaba a Helene, así que de alguna manera, el vínculo seguía existiendo. Sin embargo, algunos rumores empezaron a llegarme. Supe que él me acusaba de apropiarme de algunas de sus ideas, lo cual no es cierto y vos lo sabes. Más de una vez fue él quien se apropió de las mías, como sucedió con mi trabajo sobre esquizofrenia. Pero yo no quería verlo. Los miércoles, en el círculo, la tensión era, insoportable. Cada vez que yo me paraba para desarrollar alguna idea, sentía su irritación. Pero mi respeto por él era tan grande que yo me echaba toda la culpa. Las sesiones con Helene duraron tres meses, seis veces por semana. Hablé mucho de vos en esas sesiones, y por supuesto, de él. Y Helene seguía tratándose con Freud, así que la relación terminaba siendo viciosamente triangular. Así y todo, hice algunos progresos. Por lo pronto, logré romper mi dependencia de él. Conseguí algunos pacientes, pude restablecer mi práctica. Fue entonces que él le ordenó a Helene que interrumpiera mi análisis. Yo sé que no ella quería hacerlo y que solo lo hizo porque Freud se lo exigió. Como te imaginarás, estaba desesperado. Me sentí abandonado, perdido, traicionado. Súbitamente, una luz apareció en mi vida. Se llama Hilde Loewi. Es una pianista. Mucho más joven que yo. Su amor por mí es conmovedor, Lou, te lo aseguro. Ibamos a casarnos. *(Se interrumpe.)*

LOU

¿Y qué pasó?

TAUSK la abraza casi con violencia.

TAUSK

No puedo hacerle el amor, Lou. ¡No puedo! Mi estúpido miembro no reacciona. Me han castrado, ¿entendés, Lou? ¡Freud y todo su maldito séquito me han castrado! Pero estoy seguro que con vos sí podría, Lou. *(Comienza a besarla en el cuello.)* Lo sé, lo siento.

LOU trata de apartarlo.

LOU

Quedate tranquilo, Víctor.

TAUSK

Con vos siempre pude, Lou. ¡Vos me deseabas tanto!

Trata de forzarse sobre ella. LOU se lo impide.

LOU (*Firme, clama.*)

No, Víctor, no lo hagas.

TAUSK insiste.

TAUSK

No me rechacés, Lou. No podría soportarlo. Mi espíritu está hecho trizas. ¿no lo ves? No puedo soportar otro fracaso. (*Vuelve a la carga.*) Ayúdame, tenés que ayudarme. Vos y yo siempre fuimos buenos amantes, no me rechacés ahora.

LOU

No, Víctor. No puedo dejarte hacerlo.

LOU logra liberarse de TAUSK y se levanta. En el movimiento, TAUSK queda en el suelo.

TAUSK (*Sonríe.*)

Mirá. Mirá en lo que me he convertido. ¡Qué humillante! ¿no? ¿Tener que rogarte? ¿Yo a vos? (*Comienza a reírse históricamente.*) ¿Te miraste? ¿Te miraste un poco en el espejo? (*Se ríe.*) ¡Sos una de ellos, Lou! ¡Vos también!

LOU (*Trata de ayudarlo a levantarse.*)

No es cierto, Víctor. Quiero ayudarte. Pero no así.

TAUSK

¡Dejame! No quiero tu ayuda. ¡Andate!

Se pone de pie. Empuja a LOU hacia la puerta. Toma la valija y se la arroja.

TAUSK

No quiero volver a verte, Lou. ¡Nunca más!

Cierra la puerta.

Carta: (*De Sigmund Freud a Lou Salomé*)

“Viena, 10 de julio de 1919

Querida frau Salomé:

Mucho lamento tener que ser el portador de malas noticias. Nuestro colega Víctor Tausk, se suicidó el pasado 3 de julio, en la habitación en que vivía, aquí en Viena. Lo hizo de una manera particularmente cruel, atándose una cuerda

alrededor del cuello y disparándose un tiro en la cabeza, de manera que al caer, también se estranguló.

Por mis conversaciones con Helene Deutsch, quien lo trató terapéuticamente en los últimos meses, deduzco que seguía emocionalmente muy atado a usted. Nunca dejé de reconocer su talento, pero éste no encontró jamás adecuada expresión en sus realizaciones.

Me despido de usted con mis más cálidos saludos y espero recibir muy pronto noticias suyas.

Afectuosamente,
Sigmund Freud.”

Göttingen, 1937. El estudio de Lou.

Una leve penumbra invade la sala. LOU está dormitando en una mecedora, cubierta con una manta. SARAH entra por la puerta de calle.

SARAH
¡Frau Lou!

Camina hasta el centro de la habitación. La descubre durmiendo.

LOU (*Abre los ojos.*)
¿Sí?

SARAH
Discúlpeme, frau Lou. No era mi intención despertarla.

LOU
¿Qué hora es?

SARAH
Las cinco de la tarde.

LOU
¿Las cinco ya? Ni sé cuánto dormí. Soñaba.

SARAH
¿Un lindo sueño?

LOU
Un recuerdo. O tal vez una trampa de mi memoria. Me cuesta distinguir entre los dos.

SARAH
Vine a decirle que terminé.

LOU

¿Qué cosa?

SARAH

La clasificación de las cartas.

LOU

¡Ah, eso!

SARAH

Usted parecía muy preocupada de que no terminase a tiempo.

LOU

Pues ya no estoy muy preocupada.

SARAH

Voy a extrañar mucho el venir aquí todos los días, a trabajar en su correspondencia.

LOU

Yo también voy a extrañarte, querida Sarah. A mis años, la soledad no es la mejor compañía.

SARAH

Peter y yo vamos a casarnos el domingo próximo. Hubiera deseado tanto que pudiera estar presente, frau Lou, pero sé que eso es imposible.

LOU

Así es, mi pequeña. Tendrás que hacerlo sin mí.

SARAH

Aprendí mucho a su lado y, en especial, leyendo sus cartas, frau Lou.

LOU

Bueno, espero que te sirva de algo.

SARAH

De eso puede estar segura. (*Pausa.*) También quería decirle... Hay una carta que me guardé...

LOU

¿Ah, sí?

SARAH

Espero que no le moleste.

LOU

No, no me molesta.

SARAH

No sabía cómo clasificarla y de pronto comprendí que no correspondía a ningún archivo.

LOU

¿Y qué carta es esa?

SARAH

Es la última carta que le escribió a su marido, el doctor Andreas. (*Pausa. Tímidamente.*) ¿Quiere que se la lea?

LOU

Sí, léela.

SARAH extrae la carta de entre sus ropas. Comienza a leer. LOU escucha con los ojos cerrados.

SARAH: (*Lee.*)

“Göttingen, 27 de septiembre de 1930

Querido Andreas:

Ayer, después de que me visitaras en el hospital, me asaltó la angustia de una despedida. No es que pensase que mi muerte era inminente. Una mastectomía, después de todo, no tiene por qué ser fatal. Pero viéndote partir, sin la certeza de que nos quedase aún mucho más tiempo, comprendí que tenía una gran deuda contigo.

Te debo esta carta, Andreas, después de todos estos años en que hemos vivido juntos. Porque si bien estoy segura de que muchas cosas mías te son familiares y comprensibles, también sé que hay aspectos de mi personalidad y mi conducta que deben resultarte tan ajenos y misteriosos como si nunca nos hubiéramos conocido. Pero así es la naturaleza humana: siempre hay una región de nuestro ser y de nuestra intimidad que no revelamos a nadie. Por encima de todo, imagino, está el férreo pacto que rigió nuestro matrimonio, por el cual acordamos que nunca compartiría tu cama. Sé que te ha resultado penoso y, en ocasiones, humillante, en especial, tratándose de un hombre intenso y vigoroso como vos. Pero sé también que, si bien lo aceptaste (y tu consentimiento ha sido una gran prueba de amor por mí), nunca lo entendiste realmente.

Quiero asegurarte, querido Andreas, que mi negativa a tener relaciones sexuales contigo no significó que me resultaras indiferente físicamente, ni que yo fuera una frígida perversa, como me llamó Nietzsche. He sido una mujer fisiológicamente normal, perfectamente capaz de tener orgasmos y he disfrutado el sexo con la misma intensidad con que he disfrutado todo lo que ha sido apasionante en mi existencia.

Durante los años en que vivimos como marido y mujer tuve numerosos amantes. Algunos me llevaron al éxtasis más insospechado y otros resultaron una patética decepción. Pero como es evidente, ninguno de ellos duró más de lo que duró el deseo mismo.

Es que el amor erótico, querido Andreas, es una pasión elemental y como tal, arde fugazmente. Tratar de conservarla resulta tan inútil como tratar de conservar una tormenta. La tormenta estalla, alcanza su máxima intensidad y luego se extingue. Esa es la naturaleza de las tormentas. Y lo mismo ocurre con el amor. Cuanto más intenso es, más efímero resulta.

El deseo sexual, para sobrevivir, necesita renovarse permanentemente y, como consecuencia, es esencialmente infiel. El matrimonio durable solo es aquel que está basado en el amor intelectual y en la fidelidad intelectual. En ese sentido, puedo asegurarte que a lo largo de estos cuarenta y tres años que compartimos, te he sido tan fiel como era posible serlo. A pesar de las tempestades, las peleas y los agravios que en ocasiones nos infringimos mutuamente, has sido mi amigo, mi compañero y mi esposo y no hubiera querido otro.

Amorosamente, Lou.”

SARAH termina de leer. Levanta la vista. LOU tiene aún los ojos cerrados y una sonrisa plácida. SARAH se le acerca,

SARAH

¿Frau Lou? (Silencio. SARAH la sacude suavemente.) ¿Frau Lou?

Silencio. SARAH se lleva la mano a la boca. La luz comienza a descender. A la distancia se escucha la misma marcha militar de la primera escena, acercándose.

SARAH la arroja con la manta. Apaga las luces y sale.

FIN

Mario Diament

Correo electrónico: diamentm@gmail.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace.

Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. (2019)

**CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar**